

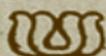
L U I S E N R I Q U E D É L A N O

La Niña de la Prisión

Y OTROS RELATOS

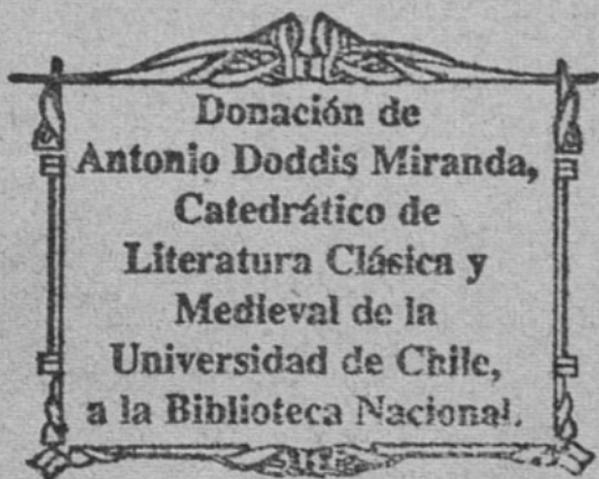
PRÓLOGO DE
SALVADOR REYES

DIBUJOS DE
MOLINA LA-HITTE



EMPRESA EDIT. «LA SEMANA»
SANTIAGO DE CHILE - 1928

PRÓLOGO



Una antología de cuentistas chilenos nos permitiría apreciar en conjunto una buena suma de valores insospechables. Entre ellos observadores rápidos y certeros, coloristas dueños de todos los matices, psicólogos afinados para los mejores problemas, técnicos perfectos. Pero lo que seguramente no descubriríamos con tanta facilidad sería el autor imaginativo, el narrador despegado de la realidad inmediata de la vida.

Nuestra literatura está por lo general supeditada al género costumbrista. Nuestra naturaleza y nuestro ambiente demuestran gran potencia en el hecho de haber cautivado a la casi totalidad de nuestros escritores. Confieso que desearía tal potencia en grado menor, ya que tan difícil nos resulta entre nosotros encontrar al artista dispuesto a jugar con lo maravilloso, a contarnos un cuento sin otro interés que el de contar un cuento; ya que por nuestro mar, por nuestras cordilleras y nuestros archipiélagos no se aventura ningún cazador de monstruos, ningún explorador de inverosímiles ciudades; ya que por nuestras multitudes no se abre camino ningún coleccionador de almas excéntricas.

Se afirma que como materia novelable ningún ambiente es superior a otro. Una criada tonta vale lo que una duquesa espiritual y el villorrio más infimo se equipara a Paris o Shan Ghay. Debe ser así. Por mi parte me abstengo de seguir semejante teoria.

Me parece que hay un interés de superioridad intelectual en los personajes de una narración. Por lo menos para mí este interés existe. La criada tonta, pintada en toda la verdad de su simpleza, puesta al desnudo con todos los resortes de su alma obscura y todas las reacciones de sus sentidos y de su espíritu, me puede certificar un gran talento, pero me fastidia y me pesa como pesa siempre el fardo de todas las realidades demasiado observadas, demasiado calcadas de la vida misma.

Prefiero esa calidad de verdad que hay en la fantasía. Esa verdad que desdeña el ambiente, que desdeña el total del personaje y que se clava de pronto hasta el fondo de nuestro espíritu en una sola observación, en una sola palabra empapada de vida mundial, de emoción de todas partes, de alma superior.

Hay una verdad artística de vida y hay una verdad real de vida. Me interesa la primera, porque, por sobre todo, creo que evadirse de la realidad vivida es el supremo deber del artista.

Por eso Luis Enrique Délano me interesa y me entusiasma. Lo veo lleno de las cualidades esenciales del narrador de cuentos, con un gran amor hacia lo maravilloso, amarrando fábulas en las singladuras de los días, con su gran juventud sin sombras, bebiéndose las emociones de la vida como el agua que una muchacha le ofreciera en el cuenco de sus manos desnudas.

A este libro, "La Niña de la Prisión", le debo momentos de ensueño que es lo más alto que un hombre puede

deberle a un libro, y estoy cierto de que todos los que lo lean contraerán también mi deuda. Délano no nos dirá nada de los pueblos que él conoce por haber vivido en ellos, pero en cambio, nos repetirá todo lo que los cielos y los mares le han contado. No debemos buscar por lo tanto material humano en la observación minuciosa ni en el personaje copiado de la realidad: debemos buscarlo en la intención del cuento, en el fondo de las almas extrañas y aventureras que desde estas páginas se asoman a todos los caminos del mundo.

Marinos, vagabundos, gitanos, tipos misteriosos, mujeres que ocultan un secreto horrendo, detectives con un gesto irónico subrayando la pipa, he ahí la humanidad que se agita con incansable dinamismo en las páginas de "La Niña de la Prisión".

De estos tipos puede esperarse todo. Apenas uno se perfila en las primeras líneas de una narración, vemos múltiples posibilidades de grandes sucesos. Y los sucesos acuden sin esfuerzo, como consecuencia natural de almas ávidas de sensaciones, de vidas fuera de todo método. Almas y vidas hechas con nombres de ciudades, con tormentas marinas, con ásperos licores bebidos en noches de fiesta, con largos sueños que se dejan acariciar como mujeres o como felinos.

Y aquí debo ver a Luis Enrique Délano como un enamorado del mar. Es justo. Para el arte suyo el mar ofrece las mejores posibilidades, muchas de las cuales ya han sido bien logradas en los cuentos de este libro. El mar es la patria de todos los soñadores; en todas las vidas en pugna con lo cotidiano hay un golpe de mareas, y es en el surco abierto por los barcos donde fructifican las semillas de los mejores sueños. •

En el mar están la soledad sin término y el abandono

irremediable; es en el mar donde se comprende a plenitud qué pobre cosa es el destino de los hombres y qué a merced está de ese gran poder que dió vida a los dioses y que hoy moldea, a golpes de grandes aventuras, la única raza de hombres aun no dominada por el convencionalismo de nuestras sociedades niveladoras: la raza de los hombres de mar.

Llega a pensarse en presencia del Océano que hay en él una conciencia y una voluntad. Yo por lo menos lo creo así y confieso haberme sentido en muchas ocasiones dominado por esta voluntad tal como una creatura puede serlo por su Dios creador.

Hoy día vemos el mar como motivo de una vastísima literatura cultivada por gentes que en su mayoría no han comprendido ni su obscuro dominio, ni su embriaguez de libertad y de ensueño. De entre éstos debemos exceptuar a Luis Enrique Délano quien, sin hacer del mar el motivo central de sus cuentos, nos ha revelado un intenso sentido de él en breves cuadros y, más que todo, en el alma de muchos de sus personajes que son, antes que nada, hombres de mar.

Y es que aparece el poeta que hay en Délano, poeta autor de muy cordiales versos, y que asoma también a cada instante en la prosa de este libro, disparando su nostalgia, hacia paisajes cargados de color y de perfumes, anclados en lejanos países; hacia imágenes tentadoras, estallantes de sensaciones.

Y en estos cuadros la acción se desarrolla rápida, violenta muchas veces, inesperada siempre. Los cuentos de Délano son acción, por sobre todo. No describe a sus personajes: ellos se modelan con sus hechos mismos.

Y esto está bien. Porque paralelo al fervor despertado por Proust, Joyce y demás guiadores de la ex-

tática escuela de análisis y observación interior, es indudable el auge de la novela de acción y de aventuras. Otros discutan el predominio artístico de una sobre otra de estas escuelas. Yo me limito a apuntar—y a celebrar—este hecho tan cautivante, desde la acción bárbara y el fuerte colorido de London, hasta la acrobacia soñadora de Mc. Orlan.

Dentro de uno de estos matices, habrá de fijarse la situación de Luis Enrique Délano, acaso más cercano a Mc. Orlan por su desdén irónico y su agudeza para descubrir, en una sola pincelada, con un solo ademán, el último secreto de un personaje suyo.

La novela de aventuras, tal como la entienden estos artistas modernos, anota sugerencias sin límites, nostalgias vivas y tan agudas, que llevan más lejos el alma del lector que la acción misma. Todo lo más inactual, lo más desarraigado se mezcla en este género novelesco de hoy a lo más nervioso y trepidante de nuestra idiosincracia de hombres formados en civilizaciones dinámicas y eléctricas.

“La Niña de la Prisión”, en el sentido más puro, es un libro de aventuras, de exquisitas aventuras que nos arrastran lejos de nosotros hacia lo que sólo los poetas son capaces de descubrir en países de embrujamiento y de nostalgia.

Este libro tan maduro ha sido escrito sin embargo por un hombre muy joven. Luis Enrique Délano—como es el caso de todos los artistas de verdad — refleja en su obra la modalidad de su vida. Con su abrigo de cuero, su pipa y sus manos anchas de cordialidad este muchacho atraviesa ahora el invierno de 1928. Entrega su libro apartado por completo del gesto trascendental de los que creen haber realizado la obra máxima. Nada menos petulante

que *“La Niña de la Prisión”* y su autor. Délano es dueño de una juventud tan sincera, tan de hombre, que el hablar con él, el ser amigo suyo, da la alegría de contemplar una fuerza generosa y libre.

“La Niña de la Prisión” es un libro ampliamente logrado. No quiero citar tal o cual cuento, porque todos ellos me parecen interesantes y hermosos. La movilidad de sus personajes, la afluencia fácil y múltiple de los acontecimientos, la aceptación sonriente de lo circunstancial, el deseo siempre vivo de lo lejano y lo pasajero, son cualidades que me hacen saludarlo con hondo y leal entusiasmo.

SALVADOR REYES.

LA NIÑA DE LA PRISION



A LOS PRESOS de aquella cárcel conocían bien la figura alta y móvil de la chiquilla. Por entre las rejas de fierro la veían pasar a medio día, al atardecer, a toda hora, y sus ojos se habían acostumbrado a ensancharse de alegría y codicia ante esa figura de mujer, que representaba para ellos un pedazo del mundo perdido, del mundo exterior, en ese pequeñito universo de hombres inmóviles que es la cárcel. De algunas celdas salían groseras palabras a saludar el paso de la niña, de otras piropos vulgares. Pero en aquella que quedaba al fondo del segundo patio dos ojos brillaban siempre al sentirse en la dura tierra los pasitos nerviosos de la cotidiana visitante. Ella sonreía humilde a las roncadas voces de los condenados, acaso un poquito consciente de los deseos que su presencia de mujer hermosa venía a acrecentar, y otro poco compasiva de esos hombres perdidos entre las metálicas jaulas. A veces, cuando los ojos que

la muchacha iba a buscar la miraban serios, ensombrecidos, regresaba callada, las miradas caídas. Entonces las burlas de los presos salían por entre los barrotes a herirla, más bien a asquearla. Y sus pasos apresurados se perdían hacia la puerta.

A aquella prisión no caían borrachos vulgares, ni pendencieros, ni individuos, en general, que fueran a pasar en ella un día o dos. No. Para eso estaba el cuartel de la policía, en la ciudad misma. Esta gran casa de murellas de ladrillos pintadas de gris—encima de las cuales todo el día y toda la noche paseaba un soldado con armas—estaba destinada a aquellos a quienes los jueces condenaban a penas más o menos largas. Estaban ahí, por ejemplo, "el Tiburón" y Smith, ambos condenados a presidio perpetuo por asesinato; otros a treinta, veinte y diez años, culpables también de crímenes o robos, y muchísimos más, condenados a cinco, tres y un año, por delitos menores. Los presos trabajaban todos, unos obligados por los látigos duros y silbantes, atraídos otros por la recompensa en dinero, que les permitía mejorar un poco la horrible comida de la cárcel, tener cigarros y guardar muy adentro, al fondo, la esperanza de juntar un pequeño capital para cuando la condena estuviera cumplida. Así, en esa colonia estaban reunidos los más heterogéneos oficios.

Cuando Alicia empezó a ir a la prisión, un año antes, entró con una timidez que se pegaba a sus piernas, haciéndolas temblar. Le parecía que adentro, franqueada la puerta que siempre vigilaba el soldado llavero, se encontraría en un mundo terrible, y hasta su imaginación llegó a dar a los presos la forma de perros encadenados, listos para saltar ferozmente y morder. Pero ¡qué diablos! su novio, Roberto Morel, estaba ahí dentro y era necesario sacrificarse, vencer el inmenso terror y hacer en fin

cualquier cosa por el muchacho. Algo le había costado conseguir el permiso para entrar diariamente a llevar la comida al preso, pero al fin y al cabo el alcaide era hombre, y raros son los hombres que no se dejan vencer por los ruegos de una mujer bonita.

Alicia terminó por familiarizarse con el ambiente ese y soportar por amor a Roberto las palabras gruesas y feas de los presos y las antipáticas asiduidades del sargento Estay, que cada día la importunaba con declaraciones de amor. Apenas la chica atravesaba la puerta de entrada, salía Estay del Cuerpo de Guardia con su barriga abultada, deforme y su cara coloradota de alcohólico.

—¿Cómo está, Alicia? ¿Viene a ver a su preso?

—Sí, sargento, a ver a mi preso.

El individuo la acompañaba hasta la entrada del segundo patio a su lado y meciendo la marcha con frases dulzarronas y suspiros.

—¿Cuándo se preocupará del preso que va a su lado, Alicia? Porque, créamelo, sus ojos me tienen preso perdido y creo que no podré escapar.

La chiquilla se reía, un poco porque las palabras la halagaban y también por no disgustar al guardián.

—Las cosas tuyas, sargento...

Llegaban al segundo patio, en donde Morel fabricaba juguetes de madera metido adentro de su celda, y Estay la dejaba sola, volviéndose al Cuerpo de Guardia a preparar un nuevo cargamento de palabras inútiles. La chiquilla avanzaba sonriendo a los presos, aproximados a sus rejas para verla pasar. Si desde lejos el novio la había visto venir al lado de Estay una lluvia de recriminaciones la recibía:

—¡Otra vez con el bruto ese! ¿Qué no te he dicho lo perro que es con los presos y especialmente conmigo? Pa-

rece que se quisiera conquistar tu cariño a fuerza de darme sablazos y patadas a mí.

Antes que tú me trajeras la comida, a menudo me dejaba sin rancho, o con la peor parte. Y tú tan tranquila, nada te importa que el bandido ese me maltrate. Cualquiera diría que gozas viniendo al lado de él y escuchándole lo que te dice.

—Pero Roberto, decía la muchacha, ¿no ves que si no me porto amable con él puede impedirme entrar aquí?

Y luego agregaba, humildemente:

—Toma tu comida, y estos cigarros que te traje.

Entonces el muchacho apartaba las cejas que el movimiento de su malestar había juntado y sonreía a su novia. Un polvo letal y delicado se le esparcía por el corazón, algo como una neblina, pero como una neblina clara que lo envolvía sin oprimirlo. Es que le admiraba la constancia de Alicia, que día a día, desde hacía un año, le traía, a más de los alimentos, sus palabras de cariño y se preguntaba con inquietud si la abnegación y el amor durarían los cinco años de su condena, en aquella chiquilla tan linda. Sabía muy bien que afuera, en la ciudad, don Juan Méndez, el dueño del almacén Santa Catalina, le ofrecía casarse con ella y que Alicia lo rechazaba por entregarse a la esperanza del hombre sin libertad que era él. Y el prisionero confiaba en la mujer querida, pero confiaba tímidamente, miedosamente...

Roberto Morel, hombre algo violento y rudo, pero leal en el fondo, estaba ahí, preso, por un delito bien vulgar: cierta noche, en una riña, le abrió el cráneo a un compañero de trabajo. Circunstancias atenuantes hicieron

que su sentencia encontrara límites en cinco años de prisión. Entró a la cárcel resignado, tranquilo y ya llevaba un año sufriendo el cruel encierro. La única luz de sus días sombríos era Alicia, la novia, y lo que más le atormentaba las horas, la presencia estúpida y canalla del sargento Estay.

Veinte años que los presos de aquella cárcel, los actuales habitantes y los que por ella pasaron, odiaban a Estay. Hubo varios que le juraron venganza y más de una vez tuvo el guardián que defenderse de agresiones nocturnas, que parecían redoblar sus bellaquerías.

Si Roberto hubiera hecho caso de las palabras de los dos ladrones, sus compañeros de celda, tal vez sus manos se hubieran ido muchas veces con intenciones agresivas hacia el cuello del sargento y hacia la cara de Alicia. El aislamiento desarrolla la envidia y ellos dos miraban con ojos cargados de deseos a la muchacha. Nunca perdían ocasión de echar niebla en el corazón del amante. A veces, sentados en un rincón del patio lleno de sol, cuando después del almuerzo les permitían pasearse unos minutos, deliberadamente traían el tema a la superficie de la conversación.

—¿Te has fijado, Roberto, el odio que te tiene Estay? Cualquiera creería que le has hecho algo.

—Ten cuidado, muchacho. Ese individuo demuestra demasiado interés por tu novia. Mira, se ve que la chiquilla te quiere, pero no hay que confiarse mucho. Las mujeres cambian tanto. No sé, pero se me figura que el mejor día te van a hacer una broma pesada.

—¡Pero no sean imbéciles!—protestaba Roberto enfurecido. Si Alicia le soporta las atenciones a Estay es para que no le impidan la entrada aquí, ¿entienden?

Los otros sonreían con algo de ironía, y Morel se

quedaba toda la tarde malhumorado. Cuando la chiquilla llegaba al anochecer, nuevamente la disputa asomaba su cara amarilla.

—Sí, parece que te gustaran mucho los bigotes del sargento.

—¡Cállate, tonto; ya te he dicho tantas veces!

—Es que si vas a seguir coqueteando con él, prefiero que no vengas más.

Allegados a la reja, él por dentro de la celda, ella en el patio, disputaban. En un rincón los compañeros de Morel hablaban con baja voz, y a los lados, de todos los calabozos vecinos emergían las sombras de los condenados que, abrazados a los barrotes de fierro, miraban a la pareja, celebrando la entrevista con turbias obscenidades.

II

En el corazón de Alicia empezaron a caer nubes, llenándolo, ensombreciéndolo. Pensamientos contradictorios circulaban veloces por su cerebro. Cada día su amante se volvía más terco, y ahora había concluido por hacerle insoportables las horas que pasaba ella en la prisión. ¡Pobre muchacho! Decididamente la soledad brutal de la cárcel, el aislamiento, los malos compañeros, el sargento Estay y las atenciones que a ella le daba, le tenían así, más brusco, más hosco que de costumbre. Su corazón estaría surcado de profundas rayas negras de desgracia. Pero ¿qué hacer? Ella ya no podía, no podía resistir sus deseos de pararse cualquier día frente a Roberto y gritarle, la cabeza bien erguida:



¡Pero no seas bruto!

Es cierto que las actitudes del sargento Estay no le parecían tan ridículas como al principio. Para ella el guardián no era otra cosa que un pobre hombre que la quería, indudablemente. Siempre su voz abandonaba la flexibilidad de la galantería cuando le hablaba de matrimonio. No había duda: el sargento era hombre de propósitos serios.

—El día que usted venga aquí a verme a mí y no a ese asesino le prometo que será feliz—le había dicho el gordo Estay—y ella, que las primeras veces recibía las palabras análogas con desdén, ahora las cogió en el hueco de una sonrisa.

¡Extraña cosa! Su amor por Morel en ese instante le parecía algo remoto, algo perdido en el fondo de años pretéritos. A pesar de ello, a la tarde, el hábito enderezó sus pasos rumbo a la cárcel. Iba tranquila, sin pesarle el canasto con el alimento de Roberto. Al pasar la puerta, casi deseaba que saliera Estay. Y el hombre que había sentido los pasitos viniendo, acercándose, salió.

—Buenas tardes, Alicia. ¿Todavía por su preso?

—Quién sabe... Quién sabe, sargento.

Llegando al patio obscurecido la esperaban rabiosos los ojos del amante. Y esa vez se iban acercando los dos al calabozo; Estay la acompañaba hasta allí, contrariando su costumbre.

—Tu comida, Roberto.

—No quiero nada. Llévate eso de ahí.

Estaba furioso y empezó a arrojar a gritos aquella hiel que tenía amontonada dentro.

—¡Para que te dejen entrar andas con este ladrón! ¡Mejor nunca hubieras asomado tu cara por aquí, canalla! Así estaría yo tranquilo, sin esta rabia y sin tener que so-

portar las burlas de todos. ¡Y todavía con el perro éste!
¿Por qué no me engañaste con otro, afuera? Tenías que venir aquí mismo para que yo te viera, y tenía que ser con este bandido...

—¡Roberto!

La muchacha había palidecido y sus manos buscaron apoyo en un brazo del sargento, que se acercaba a la reja dispuesto a castigar a Morel.

De las celdas vecinas empezaron a salir carcajadas dirigidas a ellos. Entonces ya Roberto no pudo sostener la palabra que entre los labios tenía apretada, la palabra que ella no se esperaba, y sus cuatro letras infames fueron a chocar contra el rostro de la niña.

—¡...!

A ella, las lágrimas le rodaron por la cara, mojándola.

—Vámonos.

Tomó el canasto y apoyada en el brazo de Estay atravesó el patio, llegándole de ambos lados las burlas de los presos, que agarrados a sus rejas parecían locos o demonios.

Al fondo, un hombre tiraba su desesperación contra los fierros del calabozo. De pronto dijo un grito claro.

—¡Alicia...!

Pero el eco se lo devolvió y nadie vino.

III

Esa fué la última vez que los condenados vieron a la niña de la prisión.

LAS MANOS

B

SIEN puedo decir que cada vez aquella niña se me entraba más adentro en el corazón. Insensiblemente iba yo dejando mis ratos de alegría para cuando estuviera a su lado, es decir esperaba impaciente su presencia, porque cuando estaba junto a ella mi indiferencia cotidiana se iba diluyendo para dejar paso a una alegría suave, delicada. Y hasta un poco de mi rudeza habitual fué desapareciendo, deshecha entre las manos de la chiquilla. Finalmente, un día en un diálogo conmigo mismo tuve que confesar que estaba enamorado de ella...

Se llamaba Clarita Albert, un nombre que según mi gusto es bastante bonito y suena bien a los oídos. Su estatura no sobresalía ni un centímetro de mis hombros, de manera que cuando paseábamos juntos tenía yo que inclinarme para recoger el claro metal de sus palabras. Pero su cuerpo pequeño, de bibelot más bien, estaba en relación con toda ella, con su voz delgada, con sus movimientos de niño regalón y con sus miradas, tan acariciadoras que pa-

recían deslizarse por encima de uno, levemente, rozándolo apenas.

Varios meses me aprisionó en las redes de su charla de chiquilla moderna y hasta un poco original. Día a día en su casa, sentados frente a frente, yo me dejaba mecer en el columpio de sus palabras ágiles. Hasta el invierno con su cargamento de horas mojadas, tristes y nebulosas, se me hizo más corto que otros años, en la compañía amable de Clarita. Y fué durante una de esas frívolas tardes cuando descubrí su secreto, su terrible secreto, que ella tenía muy oculto; lo único que en la niña no mantenía una situación de armonía con su total encanto. ¿Por qué será? Yo no sé, pero hay cosas que produciéndose en un momento dado nos pierden. A mí el secreto de Clara me perdió, y hasta puedo decir, la perdió a ella, la derribó violentamente del pedestal en que mi cariño la había colocado.

Sucedió así. Yo estaba semi tendido en el sofá de suave respaldo, oyéndole esas peregrinas ideas que se le ocurrían después de leer cualquier novela. Ese momento, el cigarrillo egipcio y las palabras de Clarita habían organizado un complot para adormecerme. A pesar de ello no perdía palabra de cuánto la niña hablaba. De pronto Clarita Albert bajó los párpados. Parece que para ver todas aquellas cosas que estaba evocando necesitaba cerrar los ojos. El respaldo del diván donde descansaba su brazo delicado, hizo un hueco para recibir el dulce calor de la niña en su epidermis de cuero. Delante, y entre el humo de los cigarrillos que ya iba llenando la salita, pasaba un desfile de fantasmas y presencias locas que Clarita traía a la conversación. Estaba fantaseando sobre las aventuras.

—¿No ha pensado usted, amigo mío, en lo hermoso que sería poder equipar un barco propio y hacerse a la mar? Yo sí, y créame que me encantaría. Ser yo la capitana, es-

tar en el puente, cara a cara al sol, desafiándolo, y dirigiendo al mismo tiempo la maniobra de la tripulación. Mis marineros serían todos rubios hombres del Norte, alegres y fuertes. Al atardecer les escucharía sus cantos en idiomas extraños, sentada en un montón de cordeles. Después, lejos de las costas, podríamos izar una bandera con calaveras negras y hasta, ¿por qué nó?, mandar detenerse cualquier barco, sólo por ver el terror que les causaría a los hombres nuestra actitud de bandidos.

—Sí, Clara, todo eso es muy bonito.

—O irse a cazar tigres al Africa. ¿Sabe que también sería interesante? Verse una expuesta a miles de peligros en las selvas, resistir los ataques de los salvajes y vencer a las fieras. En las noches, hacer unos la guardia, vigilando el sueño de los demás, en el campamento...

Yo que soy casi un burgués aprobaba, aprobaba todo, pensando en el contraste de las cosas imaginadas por Clarita, con la negra cárcel de mi oficina.

Clarita se dispuso a continuar.

—Ir en aeroplano al Polo, haciendo la travesía...

Pero en ese momento mis ojos se fijaron en las manos de la chiquilla, que mantenía apoyadas contra los brazos de su sillón. ¡Cosa extraña! Hacía algunos meses ya que frecuentaba su trato y nunca había puesto la atención en sus manos. ¡Qué manos! Acostumbrado a encontrar sólo atractivos en Clarita Albert y acostumbrado sobre todo a atribuirle todos los atractivos que iba conociendo, aquello me produjo una impresión de horror. ¡Si esas manos no podían pertenecer a ella! ¡Si no era posible que Clarita, la muchacha linda como un bibelot, fuera la dueña de aquellas manos, cruzadas de innumerables arrugas, como los países de ríos! Esas eran las manos de una vieja, o por lo

menos estaban ahí ocupando un sitio ajeno. ¡Tantas arrugas! ¡Ni las benditas manos de mi madre tendrían tantas!

Ha de haber notado una expresión extranjera en mi rostro, en mis ojos abiertos en grandes círculos de asombro, porque avergonzada, las retiró con rapidez, escondiéndolas detrás de su cuerpo, allegadas seguramente al respaldo del sillón. Entonces nuestros ojos se encontraron y la tristeza afirmó en ellos su color oscuro. Pudo balbucear:

—¿Me miraba las manos?

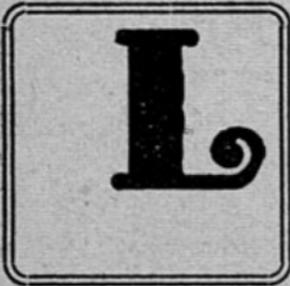
—No, Clarita.

No habría querido dejar traslucir el horror que sus manos me trajeron, pero mi molestia era demasiado grande.

Después de esto, la pequeña charladora se había vuelto irremediablemente triste, y yo, que entonces no había perdido del todo la rudeza que me acompañó otros tiempos, le di un nuevo motivo para estarlo. Cuando nos despedíamos y su mano se apoyó tímidamente sobre la mía, no pude, no pude dejar de tomársela y llevármela a los ojos, ansioso, impulsado por una intención desconocida, y más que eso, injustificable. Claro que en el acto me arrepentí, pero ya no había remedio. Ella, consciente de la fealdad de sus manos, estaba llorando. ¡Otro disgusto, caramba! ¡Pobrecita! Era su risa, su alegría frívola lo que me atraía en ella, y ahora quería sujetarme con el imán de unas ridículas lágrimas.

Me marché bruscamente, dispuesto a no volver. Mientras caminaba, llevaba siempre ante los ojos, viéndolas, las arrugas de aquellas horribles manos.

LA HIJA DEL CAPITAN

**L**

A presencia del guarda-faro y la historia de Linetta que contaba, son los mejores recuerdos que conservo de aquellas vacaciones. Entonces sufría yo del corazón y de una debilidad general y los médicos me recomendaron la costa. Elegí aquel puertecito aparte y solo, por-

que estaba cansado y quería estar lejos de muchedumbres, amigos y librerías.

Raras veces atracaban los buques en Santa Catalina. Cuando lo hacían era para tomar provisión de carbón o para que los marinos bajaran a tierra a desembarazarse de sus ansias de amor, acrecentadas por las largas abstinencias del mar. Vivía yo con una familia de pescadores en una casa de madera, muy cerca del mar, tanto, que en los tres meses que estuve casi no pude acostumbrarme a dormir mecido por el rumor de las olas quebrándose. Al fin, las fatigas del día y mis diecisiete años vencían el desvelo. De amanecida me despertaba el pescador, mi huésped, para salir, en compañía de dos muchachos más, a la pesca. Eran horas magníficas en que el sol del amanecer

me cosquilleaba la cara y la brisa me rociaba con sus insignificantes puntitos de agua salada. Cuando recogíamos las redes cuajadas de peces y volvíamos al puerto, ya el hambre me estaba martirizando. Llegaba a la casa de madera alquitranada y la buena compañera del pescador, me esperaba con varias presas de fresco pescado.

En las tardes iba al faro, erguido en el extremo de un largo molo. Tan amigo me había hecho de Gaspar, que el viejo me consentía ahí durante tardes enteras. Llevaba pan y queso para compartir con el guarda. De mi tabaco rubio nunca quiso probar; prefería el otro, el de ellos, los marinos. A las siete empezaban a caer las rayas de la noche. Entonces encendíamos las linternas movibles del faro.

Gaspar era un viejo marino, el tipo clásico del "viejo lobo". Los mares del norte y los puertos exóticos no tenían secretos para él. Envejecido en el agua, había acabado por aceptar del Capitán del Puerto aquel destino de guarda-faro, para estar siempre cerca de ella. Era un hombre de hechura atlética. Los vientos y los soles del mar le habían teñido el rostro con un matiz brillante y habían dorado los pelos de su barba. Tipo raro, en aquel puerto de gente sencilla. Parece que en su juventud había leído algunos libros; ahora se devoraba cuanto periódico llegaba a sus manos. Hablaba mucho y muy correctamente, sin gestos casi. Le gustaba estar sentado en una silla de lona. Otras veces, cuando yo iba por el molo caminando hacia el faro, lo divisaba en la plataforma alta, al lado de la gran linterna de vidrios rojos, con todo su cuerpo apoyado en la baranda, recordando acaso sus lejanos días arriba de las cofas...

La historia se la oí por primera vez una tarde que unos pescadores habían ido a visitarlo. Varias copas de mosto rasguñaron su garganta y ya empezaba a estar ale-

gre y triste, alternadamente. Entonces un viejo le propuso la cosa.

—Oye, Gaspar, ¿por qué no le cuentas a estos niños la historia esa, de Linetta?

Se le apagaron las miradas instantáneamente y el viejo inclinó la cabeza. Se diría que un helado viento de recuerdos le hubiera soplado.

—Bueno, bueno, —respondió, —pero pásenme primero otra copa de vino.

Se la bebió de un trago, cargó lentamente la pipa, y se quedó sentado como olvidándose de la historia. Luego se dirigió a un baúl viejo, donde guardaba sus cosas más valiosas y sacó de él un medallón grande, de metal ennegrecido por el polvo de los años.

—Tomen, muchachos, véanlo.

Uno a uno examinamos el medallón, en cuyo marco se sostenía un retrato de mujer, de mujer hermosa. Llevaba un peinado antiguo, de veinte años atrás, a lo menos; su pelo negrísimo estaba atado por encima de la cabeza. Los ojos negros y vivos, el color blanco. Y nada más. Una hermosa mujer.

—Esta es Linetta, dijo el viejo.

—¿Y...?

—“Bueno; desde entonces hasta acá ha pasado mucha agua por debajo de los puentes. Yo iba a bordo del “Constant”, un buque de la Holandesa, cuando la conocí. Ella era italiana, hija de un genovés, capitán de barco mercante. El “Constant” había sufrido una avería y estaba en reparación en Génova. Nosotros pasábamos casi todo el día en tierra, desocupados, vagando por los muelles con las manos en los bolsillos. Una tarde me llamó un marino, me preguntó si estaba libre, y como yo le respondí afirmativamente, me dijo:

—Vas a llevar esta carta a mi hija, en la calle tal (han pasado tantos años que ya no recuerdo), y le dirás que tengo que llevar anclas hoy mismo, inmediatamente, por ciertos negocios. Pero que volveré en ocho o diez días.

El capitán me dió dos monedas y se embarcó en una chalupa.

Fuí a la calle que me había indicado. La niña era una preciosa morena, de brillantes ojos negros. No los cansaré describiéndola, ya que ustedes han visto su fotografía. Sólo les diré que era una mujer de todo mi gusto. Le entregué la carta, que le produjo cierto malestar, y me dió las gracias. No se decidía a cerrar la puerta, viendo que yo la miraba con ojos suplicantes. Luego sonrió, pero se fué.

Volví intranquilo al puerto. Linetta—había leído su nombre en el sobre de la carta—me perdía. Tenía yo entonces veinticuatro años, y visto el mundo casi entero. En diferentes ciudades vi mujeres diferentes; unas me besaron, tal vez por mi apariencia de muchacho bien formado; a otras les compré besos a precio de oro. Pero ninguna, muchachos, me causó nunca la impresión de Linetta”.

Suspiró el viejo ante el recuerdo de sus antiguos amores. Pidió más vino y encendió la pipa, que se había apagado en su mano.

—“Le conté mi caso a un compañero, niño que sabía mucho de estas cosas. A bordo se contaba que de un buque mercante lo arrojaron al mar, porque el capitán lo sorprendió con una mujer, una bailarina que llevaba para su uso exclusivo. El me hizo ver la inutilidad de mis pretensiones.

—Ella es hija de un Capitán, me dijo, y tú estás en una posición distinta. Lo único que puedes hacer es robártela.

—Pero tendría que pedir la baja, le respondí.

—O desertar, simplemente.

Quise olvidarme de todo aquello y en la noche bebí, bebí mucho. Inútilmente. El alcohol me puso en todas las cosas que miraba la figura de la niña y me trajo una desconocida audacia. Busqué a Morán por todas las tabernas, hasta que lo encontré, borracho.

—Oye, le dije, estoy dispuesto.

—¿Dispuesto a qué?

—A robármela.

El ya no recordaba.

—¿Pero a quién?

—A Linetta. Lo que te hablé esta tarde, hombre.

—Ah... ¡Muy bien!

—¿Me acompañas?

—Sí, vamos; pero pide primero otra copa.

Bebimos nuevos vasos de cognac y nos fuimos a la calle esa. Por el camino combinamos la peligrosa aventura.

Eran las últimas horas de la noche. Las calles estaban desiertas y no nos llegaba otro ruido que el de las olas rompiéndose... Nos acercamos a la casa y llamé violentamente. Tuvimos que aguardar un rato. Al fin apareció la figura de la niña, con una luz en la mano.

—¿Quién es?

Venía con un abrigo echado sobre los hombros, con descuido. La carne de la garganta quedaba descubierta, blanquísima... Creo que si no hubiera estado obscuro, mis miradas me habrían traicionado.

—De parte del Capitán Marenga. Está herido y quiere que vaya usted, señorita.

Dió un grito y tembló. La luz estuvo a punto de caérsele.

—Espéreme, voy a vestirme.

Fué adentro y al poco rato volvió. Echamos a andar a rápidos pasos. Por el camino nos interrogó sobre el acci-

dente que le había ocurrido a su padre y Morán le inventó no se qué fábula. Terminó diciéndole que el Capitán estaba herido en una taberna y que su debilidad nos había impedido traerlo a casa. Llegamos a la taberna que de antemano habíamos convenido y yo subí la escalera con Linetta, mientras Morán arreglaba el asunto con el posadero. (Estas cosas pasan con frecuencia en las tabernas costaneras). Linetta, pálida, me interrogaba:

—¿Dónde está mi padre?

Cuando sentí el silbido con que Morán me indicaba que ya todo estaba listo, la guié a una pieza.

—Aquí, señorita.

Encendí la luz. Entró y rápidamente eché llave a la puerta. Entonces me miró y reconoció en mí al hombre que le había llevado la carta de su padre. Lo comprendió todo y cayó desmayada".

Aquí Gaspar hizo otra pausa destinada a beberse una nueva copa. Nosotros callábamos, dominados por la impresión que el relato nos traía. Después de haberse bebido un largo trago, Gaspar nos preguntó:

—¿Qué creen ustedes que pasó?

—Pues lo que tenía que pasar, le respondí.

Sonrió el viejo y se dispuso a continuar.

—“Más tarde llegó Morán, que venía, como me lo dijo, a reclamar su “parte”.

—Pero, ¿qué parte?

—La mujer, amiguito. ¿Crees que me iba a molestar en todo esto si no hubiera tenido interés en...?

—Basta de bromas, le respondí friamente. Yo me he robado a esta mujer, pero no con mal fin, ¿entiendes? Aquí no se trata de una violación como esa de...

El borracho insistió y peleamos. Después le dí mucho vino y un poco de dinero para que se callara”.

Lo interrumpí:

—Pero, ¿y la mujer, Gaspar? Eso es lo más interesante.

—“Linetta amaneció enferma, tan enferma que casi no podía hablar. Me daba unas miradas de profundo desprecio y a ratos levantaba sus ojos al cielo, diciendo débilmente:

—“Canallas, canallas...”

Poco a poco, con más acciones que palabras le mostré mi cariño, mi decisión de hacer por ella cualquier cosa. Los primeros días casi no hablaba. Parece que no tenía valor más que para decir:

—“Canallas, canallas...”.

Sin embargo, terminé por vencerla. Vió cuánto me afanaba porque no sufriera, y mis tremendas angustias cuando su enfermedad se agravó. No me movía de su lado, y una noche el arrepentimiento y la pena fueron tantos, que lloré, yo, que de niño, cuando me azotaba mi padre, no lloraba nunca, aunque el dolor del látigo me mordiera la carne. Y delante de ella lloré, muchachos. Claro, terminé por vencerla. Al principio no me miraba con tanta dureza y había cesado de repetir las palabras que me apretaban el alma: — “canallas, canallas...”. Unos días después, tuve una alegría extraordinaria. Iba mejorando y cierta vez que volvía yo de traerle medicinas, me sonrió, me sonrió, amiguitos! Pero, qué van a saber ustedes lo que significa una sonrisa de mujer en aquellas circunstancias!

Una noche fui a la casa de su padre, abandonada ahora, a buscarle ropas, y encontré este medallón, el que ustedes han visto... Cada vez mejoraba mi Linetta, ya no quería que me apartara de su lado. Nuestros proyectos eran marcharnos de ahí y de Génova lo más pronto, pero ella aún no podía dejar la cama...

Pasaron quince días. El "Constant" ya había reparado sus averías y levado anclas. Yo era desertor...".

De nuevo calló el viejo. Esta vez lo agarrotaba una antigua emoción. Aspiró varias bocanadas de humo que luego lanzó hacia el techo de la habitación. Había callado casi sin ánimo de continuar su narración. Pero nosotros estábamos cogidos en las redes de aquellos sucesos tan extraños, y le rogamos que acabara el relato.

—“Pues, nada más ocurrió, muchachos. Una noche que volvía a la taberna, de averiguar la salida de un buque, me hirieron. Fué una puñalada traidora, entre los pulmones. (Todavía tengo la cicatriz). Después, por el tabernero lo supe todo... El Capitán Marenga, de regreso, había dado por fin con el paradero de su hija y esa noche se la llevó. El hombre de la taberna me aseguraba que Linetta salió llorando de ahí. Luego Marenga pagó a un vagabundo del puerto para que me apuñaleara.

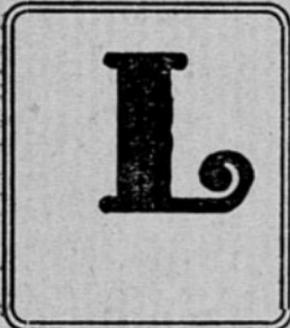
Estuve en el mismo territorio de la muerte. ¿Qué es lo que me salvó? Acaso mi constitución robusta, pero yo creo más bien que fué la esperanza de encontrar a Linetta. Tal vez las dos cosas.

El caso es que nunca la hallé, muchachos, y bien sabe Dios que no ha sido por falta de trabajo! El Capitán se la llevó sin dejar huellas de su huída. La he buscado por todas las ciudades del mundo y nada... ¿Qué se haría la pobre Linetta?”.

Terminó el viejo de contar y agachó la cabeza, vencido. Entonces le pedí que me mostrara nuevamente el medallón, pero se negó con suavidad.

Eran las siete, y la tarde estaba parada al lado afuera escuchando también la historia. Juro que otros días a esa hora ya había obscurecido.

PÁJAROS BLANCOS



L

OS que caminaban por la nieve eran los últimos despojos de una tribu de gitanos, disuelta por la vida, que se llevó a algunos hacia ciudades distantes, y también por la muerte, que se hizo dueña de los demás, que cayeron entre los fríos y las nieves de la cordillera.

Eran cuatro: Jasper, hombre rudo, pero bueno y de un fondo sentimental; su mujer, criatura delgada y pequeña como una muñeca; Pedro, un muchacho gitano hermano de Ester, y el argentino, que se les había unido hacia poco.

Es verdad que lo principal ya estaba hecho: la cordillera con su masa gigantesca de nieve endurecida a trechos, y a trechos blanda como agua, con sus desfiladeros, quebradas y trampas que siempre les salían al paso, ya había sido vencida. Pero ahí estaba Ester, mostrándose como una de las víctimas del frío de agudos puñales que se sentía. Sus pulmones no resistieron el caer lento de la nieve ni el golpear furioso del viento. Jasper la abrigaba con su capote de piel, teniendo que llevarla casi todo el tiempo en

sus brazos, porque también los pies de la mujercita estaban heridos y agarrotados continuamente por el frío.

—¡Ah! un par de caballos serían nuestra salvación!, decía a cada momento el gitano, con los ojos ensombrecidos.

El argentino se les unió en el último caserío por que pasaron. Era un hombre alto, joven y supersticioso perdido. En las noches, cuando prendían la pequeña fogata, él cantaba, cantaba infatigablemente las melancólicas canciones de su tierra... Aunque de lejos viniera el rugido del pequeño tigre cordillerano, aunque la nieve cayera en silenciosos copos, aunque el viento silbara sus prolongados aullidos, él, sentado junto a la fogata, proseguía imperturbable su canción:

“...llévale esta carta, vidualitá,
y dile que la amo...”

Pero cuando se sentía el grito de cualquier pájaro, dejaba bruscamente de cantar, para mirar a sus compañeros con ojos amenazadores, como diciéndoles:

—Ya la mala suerte está encima de nosotros.

Pedro, el hermano de Ester, se había aficionado a la compañía del gaucho; no se qué proyectos secretos de aventuras los unieron, y siempre iban juntos, marchando ellos dos adelante para buscar los caminos y la orientación.

De esta manera los días iban siguiéndose con lentitud unos a otros, y los viajeros continuaban la peligrosa ruta. La nieve había cesado de caer, pero los caminos estaban pesados y la capa blanca se extendía ante ellos como una alfombra inmensa, donde los viajeros hundían sus piernas hasta las rodillas. A unos gauchos, con quienes se cruzaron

más atrás, les compraron provisiones, para poder continuar.

Ester empezaba a toser una tos seca, dura, que le clavaba su espalda enferma. En las noches, cuando el frío recrudecía, ella se quedaba echada en los brazos de Jasper, muy apretada contra el calor de su cuerpo. Pero los tres hombres veían avanzar el mal a grandes pasos, estaban seguros de verlo. Jasper, dueño de la irremediable convicción, de día caminaba con más rapidez esperando arribar a algún pueblo donde les prestaran socorros; de noche apretaba con furia a su mujer que se le moría. Los otros casi indiferentes, fumaban al calor de la fogata, Pedro, con los ojos entornados, el argentino con su copla entre los labios.

Una mañana empezaron a pasar, traídos por el viento, grandes pájaros blancos, en dirección contraria a la que llevaban los viajeros. Eran aves del color de la nieve, y como ella, silenciosas, que volaban en grupos de cuatro o cinco, hasta perderse a lo lejos, confundidas con el fondo del paisaje.

Cuando el argentino vió venir los pájaros blancos, enmudeció su vidalita y en su cara se dibujaron vivos gestos de contrariedad.

—¡Ahora estamos perdidos!, dijo.

—¿Por qué?

—Esos pájaros blancos traen la muerte.

Pedro quiso bromear.

—¿Pero de dónde saca esas tonterías, ché? ¡Qué tienen que ver esas palomas con la muerte!

—¿Palomas?, dijo el argentino. Esas no son palomas;

esos son los pájaros de la muerte, y si yo se lo digo es porque lo sé... No es la primera vez que hago este viaje, Pedro; no lo dude, estos pájaros acarrean la muerte!

Ester caminaba con lentitud rodeando con su brazo el cuello de Jasper. Las palabras del argentino la hicieron estremecerse. Su marido repuso malhumorado:

—¿La muerte? Entonces será usted el que se va a morir.

—Es posible, dijo el cuyano, entregándole a Pedro el bulto del equipaje. (Se turnaban entre ellos para llevar las mantas y provisiones). Yo les voy a contar, continuó, lo que nos pasó cuando veníamos arriando animales con Olegario Mendoza. ¡Pobre Mendoza! Y tomen en cuenta que era en la época del deshielo y que traíamos muchas provisiones y buenos caballos.

Esta vez se interpuso Jasper entre el cuyano y sus palabras.

—Preferiríamos que dejara su historia para después, amigo.

Pero el otro pareció no oírle y comenzó a hablar dirigiéndose a Pedro, que escuchaba atentamente. Ester también abrió sus grandes ojos de pena para mirar a los hombres que caminaban adelante.

—Esa vez veníamos los dos, Olegario y yo, arriando un piño de animales. Atravesamos la cordillera sin grandes novedades; la nieve no caía y nuestros caballos caminaban con facilidad. Pero una tarde empezaron a cruzar el cielo esos mismos pájaros blancos que pasaron ahora. Yo entonces no me inquieté, porque no sabía que fueran portadores de la desgracia. Ese momento estábamos sentados tomando café y el viento nos apagó la fogata; con unos palos y la parafina que traíamos, conseguí encenderla de nuevo, pero un frío espantoso comenzó a soplar del Es-

te. Casi encima del fuego, no lográbamos calentarnos. Mi compañero se estaba enfriando ya cuando me habló:

—Oiga, Roque, estoy helado; me parece que de esta no me escapo.

—¿Qué le pasa, Olegario?, le pregunté, asustado de verlo palidecer de tal manera.

—Sí, compañero, de esta no me escapo; ya me llegó la hora—dijo tristemente.

Y en efecto, el viejo empezaba a helarse poco a poco. Yo temblé de miedo, pero felizmente se me ocurrió hacerlo beber un trago de coñac, y esto lo reanimó; el color volvió a su cara y estiró los brazos y piernas agarrotados por el frío y por aquella fatiga que lo acometió.

Por la noche acampamos cerca de allí, debajo de unos árboles casi helados. Envuelto en la manta, pudo mi sueño vencer al intenso frío que corría. Pero de pronto me despertó un grito terrible.

—¡Roque!... ¡Que me muero!, sentí.

El viejo Olegario estaba otra vez sin color y con los ojos apagados. Le repetí la dosis de coñac de la tarde, pero estaba condenado a no reanimarse nunca más. Murió afirmado en mis brazos, mientras que cortando el viento pasaban algunos de esos malditos pájaros blancos, huyendo con las alas estiradas.

Por eso que les he dicho que son los pájaros de la muerte y que esta noche alguien se va a morir.

Los demás callaron, fijos los pensamientos en Ester, seguramente. Por sus rostros enrojecidos de frío cruzó una sombra de presentimientos. Sin embargo, Jasper dijo:

—Son casualidades. No es posible que porque pasen volando algunos pájaros blancos alguien se vaya a morir.

Ester que caminaba con lentitud apoyada en su marido, agregó:

—Sí, soy yo la que me voy a morir esta noche. Me siento sin fuerzas, y ya...

—¡Cállate!, la interrumpió bruscamente, Jasper,—parece que tú también quisieras seguir con estas lúgubres historias.

Y el silencio se abrió por un momento hasta que la voz del argentino, que caminaba delante, lo rompió con su melancólica vidalita:

“...llévale esta carta, vidalita,
y dile que la amo...”.

La noche cordillerana llegó, como siempre, sin ruido, cortando a manchones oscuros la blancura de la nieve. Árboles secos y delgados goteando pedacitos de hielo, matorrales también blancos, por aquí y por allá, y la eterna nieve, eran el paisaje.

Los viajeros tendieron sus mantas y se dispusieron a dormir, al rededor de la pequeña fogata, cansados del largo camino recorrido durante el día. Ester palidecía cada vez y unas gotas de sangre salieron en su tos seca y sonora. Siempre sostenida por los brazos de su marido, dormitaba; pero ni el calor del cuerpo de Jasper, ni las llamas de la fogata, algunas de las cuales aproximaban sus lenguas al cuerpo de la mujer, conseguían hacer circular la sangre por su rostro, afirmado todo el tiempo en una palidez de estatua.

Era la noche bien caída, cuando un ruido lejano despertó a los náufragos de la nieve. El primero que se incorporó fué el argentino, que inmediatamente tiró de la manta con que Pedro tenía envuelta la cabeza.

—¡Eh, Pedro!



El otro despertó malhumorado, como que lo sacaban de la delicia de un sueño generoso en imágenes, para traerlo de nuevo a la dura realidad de la nieve.

—¿Qué hay?

—Escuche, Pedro... ¿Siente algo...?

—No, aunque... espérese... Si, me parece sentir algo como ruido de caballos.

Jasper también había despertado y escuchaba atentamente.

—¡Ah, algunos caballos serían nuestra salvación!, dijo parodiándose su propia frase de cada día, y se quedó con la cabeza levantada para escuchar mejor. Luego su rostro se iluminó de alegría. ¡Sí, son caballos! ¡Ojalá que nos puedan prestar algún socorro los que vienen!

Pero se equivocaba. Ningún jinete venía. Parados contra unas piedras cubiertas de nieve, pudieron verlos: eran dos caballos negros, magníficos, enormes; pero estaban solos y desensillados, escapados seguramente de algún campamento cercano. Los hombres se pusieron de pie violentamente, impulsados los tres por una misma ambición.

—¡Dejaremos uno para Ester!—saltó Jasper con energía. En el otro nos podremos turnar.

Pero los otros ya no lo escuchaban; habían echado a correr con sus mantas en las manos hacia los caballos, que estaban allá, inmóviles, chocándose los hocicos.

—¿Qué irán a hacer? ¡Canallas!, murmuró Jasper, y se inclinó sobre el cuerpo dormido de su mujer. Pero un temor extraño se apoderó de él al tocar a Ester... Luego le tomó la cabeza con violencia, acercándola a la luz de la fogata recién animada. Estaba lívida, con la marca de la muerte escrita en todo su rostro, en sus ojos vidriosos, fijos, en su boca contraída, en sus dientes apretados...

Jasper sintió que sus manos se crispaban de terror.

—¡Eh...! ¡Vuelvan...! ¡Está helada...!, gritó a grandes voces al argentino y a Pedro, que se habían montado en los caballos. Pero ellos ni siquiera volvieron la cabeza, dueños ya de los codiciados animales.

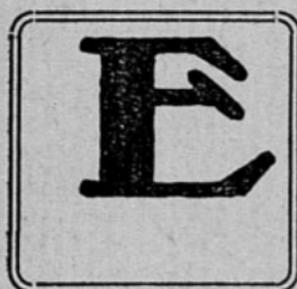
Parece que todo estaba en contra de su angustia en ese momento: el frío cadáver de su mujer tirado junto a la fogata y la alegría de los otros, huyendo en los caballos robados; todo. Hasta alcanzó a coger algunas notas de la famosa canción del argentino, que iría contentísimo:

“...llévale esta carta, vidalita,
y dile que la amo...”.

Entonces mirando hacia el cielo, desde donde ya había dejado de caer la nieve, distinguió tres o cuatro sombras que volaban cerca de allí.

—¡Los pájaros blancos!, murmuró, y se echó con intención de llorar al lado del cuerpo muerto de su mujer.

L A P A R E J A



EXTRAÑA pareja aquella! Salía todos los días a la misma hora, se paseaba durante el mismo número de minutos por la misma parte, y fatalmente, cuando el reloj del Espíritu Santo tocaba las ocho se perdía hacia el Almendral, por innumerables callejuelas.

El hombre vestía siempre de negro, un abrigo largo, casi hasta los pies y un sombrero de anchas alas. Donde se le viera llevaba el ceño fruncido y los labios apretados.

Ella era enteramente extraña e inolvidable, con sus ojos estirados, mongólicos, su color pálido de metales y su boca chica, de labios de sangre, un poco caídos en los extremos. Su cuerpo espigado iba siempre ceñido por un abrigo opresor; de ahí emergían los senos magníficos, distante uno de otro.

Al pasar, sus ojos estirados y algo miopes se volvían de un lado a otro, y a veces, de repente se quedaban clavados en otros ojos, puestos a su vez en ellos: los de algún hombre parado a la orilla del paseo. Eso sí, nunca una

sonrisa iluminaba sus labios, aunque los machos, repentinamente despertados en los que la miraban siguieran con insistencia la cimbra de sus caderas. Esto era frecuente pero parece que al hombre no le interesaba; ni sus labios se apretaban más, ni aligeraba el paso. Nunca se salía su cara de la expresión de dureza. Una que otra vez se hablaban, muy de tarde en tarde, y sin mirarse, como si las palabras no se las dieran el uno al otro.

Recuerdo. Había llegado yo poco antes a Valparaíso y todas las tardes en el paseo de la Avenida Pedro Montt, desde la Plaza Victoria hasta el Parque veía a la curiosa pareja, observaba sus gestos, y naturalmente mi imaginación me había llevado a otros planos. Habría dado una mano afirmando que esa pareja era la más extraordinaria del continente. Y eso es común. Hay hechos y presencias que a uno lo llevan, lo obligan a utilizar la imaginación. A veces ésta se va demasiado lejos y ahí está la realidad para atajar sus trenes. Otras se queda en el camino, y es entonces cuando uno piensa:

“¡Hombre! ¡Yo nunca creí que ésto llegaría a tanto!”

Indudablemente la pareja aquella era extranjera. No había necesidad de averiguarlo. Para eso estaban los ojos de la mujer y sus gestos mismos. Ella sería asiática; él, italiano talvez, o español, pero eso sí, artista. Porque hay ciertas cosas que sólo se le permiten a los artistas: por ejemplo, su vestidura tan extraña esa, su continuo gesto de enojo. ¿Poeta? No, más bien pintor. La distinción de sus manos hacía creer esto último.

Cansado de los cielos de Italia se habría ido al Oriente y allá se hallaría a esa mujer, esposa tal vez de un acaudalado señor nipón. Claro, estaban hechos el uno para el otro, lo comprendieron así y se fugaron, sin duda. Contra un punto se estrellaban mis suposiciones. ¿Por qué



habían traído su amor hasta Valparaíso, este puerto eminentemente mercantil? Misterio. Seguramente habría muchos misterios en la vida de la pareja.

Tres veces intenté seguirlos cuando sonaban las ocho en el "Espíritu Santo", pero las tres se me perdieron en una callejuela mal alumbrada; o el ascensor de algún cerro se los llevaba antes que yo hubiera puesto los pies en él.

Una tarde me propuse firmemente averiguar algunos puntos acerca de ellos. Los viejos habitantes del puerto podrían orientarme. A la salida de la oficina convidé a mi compañero Cádiz al paseo, con el objeto de interrogarlo. Al principio me costó encontrar a la pareja entre toda la gente que paseaba, pero luego la divisé. Nos llevaban treinta metros de delantera; eran inconfundibles, el hombre con su largo gabán negro y las alas largas y caídas de su sombrero; la compañera, con el abrigo tan ceñido.

—Oye, Cádiz, ¿ves esa pareja que va delante?

—Sí.

—¿Los conoces?

—Sí, si los conozco.

—¡Qué raros! ¿eh?

—¿Raros?... No veo qué tengan de raros.

—Pero hombre, esos trajes, esas caras... ¿El es artista, verdad?

Cádiz se echó a reír con una risa tan espontánea, que de veras, tuve miedo.

—¿Artista?... No, hombre, si es Germán González, un empleado de la Aduana.

—¿González, dices? ¡Pero es imposible!

—Mira, yo sé lo que te digo. Los conozco muy bien. Viven al lado de mi casa.

—¡Pero ella es extranjera!, grité sin poderme contener ya.

Nuevas risas de mi amigo.

—Es tan chilena como tú y yo. Se llama Elsa González y es prima de su marido.

Esto acabó de anonadarme. Un momento pensé que Cádiz quería burlarse de mí. Casi desesperado intenté el último esfuerzo.

—No. Tú me estás engañando. ¿Y por qué, entonces, andan siempre solos y no saludan a nadie?

—Sencillamente porque ella es interesante, — eso no se puede negar, — y el marido es celoso. Los hombres la miran mucho, por eso González la guarda. Salen a paseo, contra la voluntad de él, (de ahí viene su gesto de enojo), porque si no salieran, la mujer se moriría. Germán sabe fingir indiferencia, pero en la casa la insulta y hasta la maltrata.

Andando, íbamos a llegar al Parque. En ese momento, la pareja, que ya había llegado, dió media vuelta. Diez metros más y estarían al lado nuestro.

Pasaron y Cádiz los saludó. El hombre se quitó el sombrero alón, serio, casi sin mirar, y la mujer rubricó el saludo con una mirada que resbaló suavemente por encima de nosotros.

Ahora yo los odiaba. Estaba furioso con ella, con Cádiz y conmigo mismo. ¿De manera que eran como todos, él empleado público, ella González? Y peleaban y disputaban igual que cualquier matrimonio?

¡Ah, la imaginación me había llevado demasiado lejos esa vez, y ahí estaba, delante de mí, en las espaldas de la pareja que se alejaba, la realidad pobre y bruta, dándome su manotón con fuerzas inesperadas!

VIEJAS COSAS

*Al Doctor Enrique Torres,
sin saber en qué mares navega*



S

¿ABES tú cómo conocí a Peter Stowe?
¿No? Yo te lo voy a contar. ¡Qué tiempos, vieja, qué tiempos los de entonces! ¿Verdad, Peter, que en aquella época las cosas se estilaban de otra manera?

Peter Stowe asiente melancólicamente. El es un viejo alto, delgado, el rostro sombreado por una barba negra que pronuncia más los hundimientos de sus ojos y le da la apariencia de un cadáver. Asiente con melancolía a lo que dice su compañero y se queda mirándolo como se prepara para comenzar uno de sus famosos relatos.

La mujer que los acompaña es una viejecita simpática, cuyos cabellos blancos no desentonan del color de la madeja de lana que tiene en sus manos todavía ágiles, dispuesta a convertir en una camiseta para proteger la

vejez de su marido o en quien sabe qué cosa. Escucha al viejo con resignación, pues sabe que sería inútil negarse a oír sus historias cuando éste se propone contarlas.

Bill Smith tiene una apariencia que contrasta con la del compañero a quien pide testimonio. Su aspecto es tosco; es más bien un gigante vestido de hombre y calzado con largas botas.

—Entonces, vieja, se podía hacer cualquier cosa en el mar, lo que se quería, ¿sabes?... Mientras que ahora, ahora es una calamidad. Ahora no quedan piratas, no quedan corsarios, no quedan ni siquiera negreros. ¿Te acuerdas, Peter, cuando nos conocimos? Pero si es eso, precisamente lo que voy a contar a la vieja, que no lo sabe. ¿Te lo he contado acaso antes, vieja?

—No, responde ella sonriendo, y sin embargo en su memoria bailan todas las circunstancias de la aventura, pues no una sino veinte veces la ha escuchado de labios de su marido.

—Yo era segundo de Marks, entonces, de ese pobre Marks a quien ahorcaron luego en la plaza pública de Soutamphton. Era un gran hombre Marks. Cuando lo recuerdo, cuando pienso en el fin que le esperaba y en el cariño que me tuvo el buen lobo, te juro que me dan ganas de llorar. Y el viejo quiere acompañar estas palabras con un ademán que queda corto, que no alcanza a ser...

—Nosotros — continúa — recorriamos el mar en todas direcciones, pero principalmente nuestro escenario estaba en la América del Sur, en el Atlántico, donde esperábamos el paso de los bergantines españoles que regresaban a su tierra cargados con el oro de las colonias. Era todo tan sencillo ¡voto al diablo! De repente el vigía se ponía las manos al rededor de la boca y gritaba a toda voz:

—¡Barco a babor! ¡Barco a estribor!...

A medida que iba apreciando mejor los detalles lanzaba nuevos gritos desde la cofa:

—¡Bandera de España...! ¡Dos cañones a popa...!

Y eso era bastante. Entre tanto, nosotros nos habíamos alistado. Era digna de verse la tranquilidad con que Marks ordenaba la maniobra.

—¡A dar caza a ese pejerrey!

Cuando el pejerrey estaba a tiro, ¡zas! le lanzábamos una bala que le fuera a agujerear las velas o que le tocara levemente el casco; una bala en señal de aviso, ¿entiendes?

La viejecita entiende y así lo manifiesta con un gesto. Bill Smith prosigue entonces.

—Cinco o seis disparos más de los poderosos cañones de nuestra "Estrella negra" y el navío está en condiciones de ser abordado, vieja. Todo esto muy sencilla y rápidamente. En menos de diez horas el negocio está concluido y el oro de las colonias en nuestro poder.

Bill habla en presente. ¡Ah, si su frente negra y arrugada fuera de transparente cristal, con qué claridad vería la viejita en el telón de su cerebro la escena de terror y saqueo!

Peter Stowe ha estado silencioso, con todos los síntomas de la melancolía. Delante de sus ojos casi cerrados pasan en un fantástico desfile todas las aventuras de aquellos días lejanos, aquellos días perdidos en el fondo del tiempo. Entonces el viejo pirata reza una tosca plegaria interior por su juventud, que se pasó rápida, fugaz como un vuelo de pájaro.

—¿Te acuerdas, Peter, cómo caíste en nuestras manos? Escucha, vieja: cuando abordamos el "Asturias", una fragata que desde ese día duerme en el fondo del Atlánti-

co, este pobre Peter languidecía en las bodegas, encadenado lo mismo que los perros.

Lo habían hecho prisionero en las Antillas y lo llevaban a España para ahorcarlo junto con otros camaradas.

Yo no sé qué mosca picó a Marks esa mañana, que estaba de mal humor y llena la cabeza de presentimientos y tonterías. Cuando el vigía gritó: "¡Barco a babor; diez millas!", Marks no se decidía a darle caza. Yo, que continuamente marchaba a su lado, le soplé al oído:

—¡Capitán, es un buen botín que perdemos!

Me lanzó una mirada tan penetrante y fría, que yo no sé por qué razón no traspasó las tablas de la cubierta. Furioso, me mandó retirarme; pero yo tuve una inspiración, gracias a la cual Peter está ahora con nosotros. Con una audacia grande, puesto que se trataba de un hombre tan severo como Marks, ordené la maniobra.

—¡Corta a babor! Vamos a dar caza al pejerrey...

Marks repitió aquella mirada de metal, que me hizo pensar instantáneamente en un pistoletazo y en mi cuerpo colgado de una soga, pendiente de cualquier palo. Pero luego sonrió el buen capitán. Parece que le hizo gracia la parodia de sus palabras de guerra. Cazamos con la fortuna de siempre al pejerrey, y cuando ya estuvo enteramente despojado y nos disponíamos a volarlo, uno de los nuestros sintió débiles gritos que subían de la bodega.

Bajamos. En un cuarto oscuro había cuatro o cinco hombres encadenados y entre ellos este pobre Peter, que era el más flaco y el más abatido de todos. Recuerdo con qué ganas comía galletas más tarde, a bordo de la "Estrella Negra". Ah, te juro que entonces estaba más flaco que ahora, Peter, y con una cara de perro hambriento...

Peter Stowe se confunde ante las evocadoras palabras de su compañero y hace jugar sus miradas por todos los

rincones del cuarto inmenso en que se encuentran, por las paredes desnudas, y los posa en el alto techo que tiene las vigas ennegrecidas por el humo; finalmente se queda mirando un cofre de madera oscura que hay cerca de ellos. Es una hermosa caja antigua, muy bien tallada. Inmediatamente se advierte que no ha estado siempre quieta en ese rincón; las rozaduras y los pedazos que faltan en sus aristas hacen pensar en todos los viajes que ese cofre ha realizado.

Las miradas de Bill Smith han seguido ese mismo camino, de manera que los cuatro ojos, casi apagados por la vejez y que sólo el recuerdo hace brillar, se han detenido casi al mismo tiempo sobre la tapa del cofre.

—Vieja, dice Bill a su compañera, abre el cofre y pásame aquéllo.

La viejecita obedece. "Aquéllo" es un verdadero arsenal. Primero son dos pistolas, dos grandes pistolas oxidadas por los años. En un segundo viaje ella trae en sus manos temblorosas otra pistola y un puñal. Y sigue el desfile. Sables, cuchillos, viejas espadas. Se creería que aquello es un museo de armas antiguas.

Bill toma dos de las armas en que el tiempo ha estampado su firma imborrable y se queda mirándolas con un cariño que le suaviza notablemente la expresión. A su vez Peter Stowe coge una pistola y levanta el gatillo.

—Oye, lástima que ahora no sirvan para nada. Hace tiempo que no navego, pero he oído decir que ahora no hay hombres valientes en el mar. Al menos como Marks, yo te aseguro que no habrá ninguno... Pobre capitán...

Va a insistir en el prolongado elogio de Marks, pero su atención se desvía hacia las armas que tiene entre las manos.

—Lástima que no sirvan para nada...

La vieja los contempla con admiración. Seguramente en sus labios habrá siempre una pregunta que nunca sus labios harán, que perdurará ahí colgada, sin esperanza de respuesta. ¿Cómo imaginar un hacha de abordaje en esas manos que tiemblan al subrayar el recuerdo?

Entre tanto ellos se miran con emocionadas miradas. La presencia de esos fierros que otro tiempo fueron sus instrumentos de combate, les hace sentir con mayor intensidad todo el peso del pasado, toda la pena por lo irremediablemente perdido.

Y es raro. Pero nadie diría que esos ojos humedecidos son los de dos audaces piratas...

EN LA
TRIBU DE NAHIT HAIIDAS

**E**

RA difícil y dura la vida para esa pequeña tribu en el campo chileno. Los pueblos miserables, casi cerrados para el pequeño comercio gitano. El viejo prejuicio contra ellos saliéndoles al paso en cada calle de las ciudades, en cada camino de los campos. Además, el duro invierno de estas latitudes, con

todo su cortejo de aguas que clavan, nieves y vientos zumbantes como insectos. Tenían razón aquellos hombres para marchar con las cabezas bajas.

Casi todos ellos habían nacido en tierras lejanas: Hungría, Austria, Alemania. Los juntaba un lazo más fuerte que el de las nacionalidades: marchaban juntos porque todos tenían "la sangre de los nómades y el dulce mal de andar".

Hombres errantes, el mundo desenrolló su carrete de caminos debajo de sus pisadas inseguras. Países y países, paisajes diferentes, cielos distintos y siempre el viaje que sigue hacia una meta desconocida. ¿Por qué andan? ¿Hacia dónde ponen proa sus pasos? Los gitanos marchan porque sí, porque un impulso superior a la razón los tira a

andar y andar. No van hacia ninguna parte y pasan por todas. Hasta que de pronto desembocan en el oscuro túnel de la muerte.

El viejo Nahit era el jefe de aquella tribu. Hombre robusto, no obstante sus sesenta años, no permitía que nadie se negara a acatar sus órdenes. Ya dos o tres gitanos habían experimentado el poder de su voluntad en el pasado, y ese ejemplo perduraba en todos.

Dos familias constituían el grupo: los Haidas y los Mishel. Nahit pertenecía a los Haidas. Habitados desde mucho tiempo a una vida egoísta en que se prescindía de los extraños, los jóvenes de ambas familias se unían en matrimonio, llegada la edad necesaria, y la vida seguía su curso. Nacían los hijos entre la miseria o la opulencia, según que la mala o la buena suerte anduviera rondando el campamento. Se criaban en la creencia directriz de los gitanos, que todos los hombres son sus enemigos y crecían hipócritas, ladrones y hasta criminales. Era raro que uno de ellos un día cualquiera echara al aire un gesto de lealtad.

A veces hubo rivalidades grandes entre los Haidas y los Mishel. Nahit era el encargado de arreglar todo asunto que hiciera peligrar la antigua unión de la tribu. Naturalmente habían predominado siempre las ideas de los Haidas, puesto que Nahit pertenecía a esa familia.

El viejo jefe tenía dos hijos, hombres de extraordinaria fuerza, y una hija, que vivía en la tienda de los Mishel. Su nieta, Sara, era lo que más amaba Nahit entre todo aquello y la única persona que nunca había recibido un golpe de sus manos arrugadas y fuertes.

Linda muchacha, Sara, erguida en sus 16 años. Ella era más joven que su estatura, que su apariencia de mujercita, bajo los pintorescos vestidos policrómicos; sus ca-

deras más savias que las de su madre en eso del movimiento circular que hace hervir la sangre de todo el que las mira. Sus senos firmes y duros remataban en dos pezones diminutos que invitaban lo mismo que las frutas, al mordizco goloso. Las trenzas rubias caían por encima de ellos, vencidas bajo el peso de todo su oro. Pero donde estaba ubicada la fuerza atractiva de Sarita, era seguramente en sus vivos ojos de color café, en sus pupilas de extraordinaria movilidad. O también en su boca, grande y carnosa, en sus labios de sangre que dejaban asomar los blancos dientes.

Con el cariño de su abuelo sobre los hombros, Sara era en la tribu una verdadera reina. Atrevido debería haber sido entonces quien pretendiera sus besos. Y dulces serían esos besos, ¿verdad, Francisco?

Porque tú eres el único que podría decirlo. Tal vez tu apariencia de muchacho fuerte, tal vez tu cara morena, tus ojos vivos, tus largos cabellos negros sedujeron a Sarita esa tarde que tú recuerdas. También puede ser que la necesidad te escogiera a ti, como cauce para recoger toda esa pasión que se desbordaba de sus 16 años...

Por la época que comienza esta narración, la tribu de Nahit Haidas atravesaba uno de sus períodos más tristes. La miseria afirmaba sus garras tenaces en la vida de los gitanos. Los campesinos se mostraban indiferentes cuando las mujeres pretendían verles la suerte en la palma de la mano, por unas pocas monedas, o venderles hipotéticos amuletos. Nadie escuchaba los gritos melancólicos de los hombres, los días que marchaban llevando a la espalda pailas de cobre, forjadas mediante rudo trabajo. No había ni siquiera dinero para tomar pasajes en el ferrocarril.

Los gitanos marchaban a pie, de pueblo en pueblo, con

la cabeza baja y los grandes líos de ropa sobre los hombros. Primero los hombres con los utensilios y las carpas; luego ellas con la ropa y los jergones. Más atrás los chiquillos tiritando de frío, y los perros, acostumbrados a la vida nómada de sus amos.

Un pueblo.

—Aquí nos paramos, ordena Nahit Haidas, y la pequeña tropa se detiene. Los hombres arman las carpas con rapidez, mientras las mujeres buscan leña en las cercanías; los niños amontonan las piedras donde se han de levantar los fuegos que espanten al invierno. Nadie está inactivo en la miserable tribu de Nahit Haidas.

II

El anochecer llegaba apurado, antes de su hora, en ese duro invierno. Envuelto en su manta de sombras espesas, cubrió de pronto el campamento gitano. Las dos carpas manchaban de blanco, con insolente ademán, la seriedad de la noche recién iniciada. Unos goterones tibios empezaron a caer.

Por el camino venían los gitanos machacando con sus fuertes pisadas el barro amontonado. Francisco marchaba detrás del grupo. Tenía frío. Su gruesa camisa de lana no lo protegía bien de ese viento de duros látigos que pasaba silbando por el camino, hacia los árboles; su sombrero de anchas alas no bastaba para contener las gotas de agua que caían. Pero los ojos le brillaban, a pesar de todo. Pensaba el muchacho en aquello que traía muy ocul-

to en sus bolsillos y que seguramente causaría una alegría a Sara. Apenas llegaron al campamento, Francisco se apartó del grupo de sus mayores y se llegó a una pequeña fogata que ardía en la entrada de la tienda de los Haidas.

—Sara, ven...

La chiquilla, que se calentaba al lado del fuego, se levantó y lo siguió. Se alejaron algo del campamento, hasta alcanzar un grupo de árboles.

—Mira, dijo el muchacho, sacando un paquete de su bolsillo. Te traje algo para ti. Dame un beso...

Las ramas de los árboles hacían más espesa la oscuridad de la noche. Sara cayó en los brazos de Francisco, apretada a su cuerpo, hundidos los duros senos en el ancho pecho del joven. Las bocas se oprimían sin ruido, ansiosas, apurando aquel beso con precipitación. Una voz que venía del campamento los separó bruscamente.

—¡Sara...!

—¿Qué traías?, interrogó ella.

Francisco le pasó el paquete, que ella desenvolvió, curiosa. Eran algunos dulces y varias torrijas de jamón, de oloroso jamón.

—Es para ti, dijo Francisco; ahora vendí un cantarito y te compré eso sin que supieran.

Sara había hecho un gesto de contrariedad, que él no vió entre la noche negra. De nuevo sonó la voz importuna.

—¡Saritaaaa...!

—Oye, me están llamando... Me voy...

—Otro beso antes...

De nuevo las bocas se juntaron, pero esta vez no duró la unión. Ella se separó con rapidez.

—Me voy.

—¿Esta noche?, interrogó Francisco.

—No, Francisco. Está lloviendo y hace mucho frío... Mañana, ¿quieres?

Y la chica echó a correr. Francisco volvió malhumorado al campamento. El hubiera deseado que Sara apreciara en su verdadero valor el regalo que acababa de hacerle, y ni siquiera las gracias le había dado: por la muchacha se había privado él de aquello y ahora tenía hambre.

La noche se hacía más helada, a pesar de la lluvia. Francisco comió rápidamente un pedazo de carne a medio asar que le dió su madre, se bebió un jarro de café caliente y se tiró en sus jergones. Sara permanecía ahí, en su cabeza, ahuyentándole el sueño. ¿Lo querría de veras la muchacha...? ¡Quién sabe..!. Pero sus besos eran dulces.

III

Una tarde llegó aquel hombre con un mensaje para Nahit. Juan Mijra, el jefe de una tribu que vivía en el Norte, mandaba llamar al viejo y los suyos.

—La vida está buena por allá — dijo el joven; — nosotros ocupamos unos galpones donde no entran el frío ni la lluvia. Se gana plata. Mijra tiene que seguir viaje al Norte y cree que a ustedes les convendría ocupar ese sitio. En realidad, la vida está buena allá.

El extraño vestía elegantemente. Botas coloradas, altas hasta las rodillas, pantalones gruesos y bien tenidos y un sombrero enorme, parecido al de los cow-boys. Era un hombre moreno de 25 años, ojos verdes, sembrados de

pequeñas partículas de oro, que relampagueaban a veces. Todos se sintieron inclinados a él desde el primer momento, en la tribu de Nahit, menos Francisco. ¿Qué extraños presentimientos le dolían al joven?

Inmediatamente de pesar el mensaje de Mijra, Nahit decidió.

—Nos vamos al Norte. Llegaremos hasta Chillán, donde de cualquier modo hay que conseguir el dinero para el viaje. Luego a Valparaíso, a los galpones.

La lluvia empezó a caer sobre sus palabras y Nahit ofreció hospitalidad al joven mensajero, quien inmediatamente se quitó las botas y se soltó a dormir sobre el jergón que le daban.

Y desde ese día empezó una vida nueva para la tribu. La tristeza había retirado sus anillos sombríos de aquellos rostros. Los gitanos trataban al desconocido, que dijo llamarse Samuel Forgue, con respeto y distinción, ya que era el portador de tan buenas noticias.

Para los amantes, sobre todo, comenzó un nuevo período, desde la tarde en que Samuel apareció con sus botas coloradas. Sara, desde ese día mismo, comenzó a hacer jugar sus miradas sobre el extraño, que era tan hermoso y tan varonil como Francisco, y que, según se decía en el campamento, tenía mucho dinero.

Francisco sufría. En su corazón hubo choques sombríos cuando advirtió que Sara no era la misma. Se entusiasmaba con una presencia extraña hasta olvidarse completamente de él... Ya a ninguna hora podía hablarla, porque siempre estaba con Forgue. Los celos de Francisco culminaron el día que Samuel, con gran pompa, regaló a Sarita un anillo de oro, adquirido, según dijo, especialmente para ella. Decididamente, a ese desconocido lo mandaba el destino para ser su perdición.

Por la noche, Samuel se quedó en el pueblo y Francisco pudo hablar a su querida. Otro pequeño bosque de árboles interceptaba la luz del campamento.

—Ahora me vas a explicar lo que hay, Sara. Yo no soporto más esa amistad con Forgue. Te ha comprado con sus regalos, agregó después con voz sombría...

La chiquilla tembló. Conocía el carácter violento de su amante. Sin embargo, era consciente también del poder de sus besos. Agazapada, hipócrita, felina, se acercó a él. Sus brazos subieron a lo largo del cuerpo de Francisco y se anudaron al rededor de su cuello.

—¿Pero qué es eso, Francisco?... Como traje tan buenas noticias, yo estaba contenta, como todos. Nada más.

—¿Y cuándo se irá?, interrogó el otro.

—Dice que llegará con nosotros hasta Chillán. Luego tomará tren para el Sur...

A Francisco se le iluminaron los ojos. Enamorado a quien se desarma con una palabra. Corazón lleno de nubes, que como los náufragos, se agarra de la primera tabla de salvación. Estaba equivocado, seguramente. Con la confianza que dan los besos de una mujer querida, le volvió la perdida tranquilidad. Ah, si por casualidad a Samuel Forgue se le ocurriera poner los ojos en Sarita, se estrellaría contra toda la frialdad de la chiquilla.

Luego comenzó a sentir que unos labios calientes le recorrían la cara y se apretaban con desesperación contra su boca. Las piernas le temblaron, incapaces de sostener su cuerpo y aquel otro que se prendía, que se anudaba fieramente al suyo.

IV

La tribu comenzó la marcha hacia Chillán, donde pensaban vender todos los cacharros de cobre a buen precio, para seguir viaje hacia el refugio que les ofrecía Juan Mijra, por intermedio de aquel joven, que no se apartaba del lado de Sarita.

Francisco sufría, solo, furiosamente. ¡Cuántas veces quiso tranquilizarse, quitarse ese frío, arropándose con las palabras de la chiquilla, con el recuerdo de sus calenturientos besos! Era inútil. En su cerebro empezaba a germinar un odio helado, razonado, contra ese aventurero que venía a arrebatarse el amor de su novia. Muchas veces, cuando los miraba caminar juntos, le venían unos locos deseos de echarse encima de él y molerlo a golpes. Pero ese hombre era sagrado, así se lo había dicho el abuelo Nahit. ¿No era él, acaso, el mensajero de la buena nueva, del recado que significaba para los gitanos la vuelta de la alegría y la esperanza? ¿Entonces? Entonces nada podía hacer, sino tragarse sus inútiles palabras de despecho, masticadas en la soledad. Nada podría hacer sino esperar un momento en que su odio se hiciera demasiado ancho para caber dentro de él, y matarlo entonces como a un perro... En sus botas estaba oculto un afilado puñal, huérfano de sangre humana todavía, pero que no tardaría en tintarse con la del intruso, si las cosas seguían así.

El otro parecía no advertir aquel odio profundo. De día solía perderse hacia los cerros que limitaban el ca-

mino. Lo último que veían de él, eran sus botas coloradas, pisando pequeños arbustos helados.

Varias veces conversaron los dos hombres y nunca pareció estar Samuel al cabo de su situación de intruso en el corazón de Sarita. Por lo menos jamás lo dió a entender. Más bien hablaba de ella con cierta altivez, y una tarde que caminaban al lado, se permitió decir, señalando a la chiquilla, que marchaba adelante, más pronunciado que nunca el movimiento de sus caderas:

—¡Es linda! ¿Eh?

El otro no respondió nada.

¡Sí que la encontraba linda! Pero de no estar atado con aquellas cuerdas del respeto hacia la persona de Forge habría gritado que no, que no era linda, que nadie debía decirlo.

La sombra de un odio feroz se le entró definitivamente en el cuerpo. Ya no pensaba sino en agresiones y venganzas. Y lo que más duro hacía el suplicio del gitano era la obligación de reconocer en su interior que Samuel era hermoso, con su hechura atlética, con sus ojos lejanos, perdidos en invisibles latitudes. Le envidiaba además el dinero, que Forge hacía sonar en sus bolsillos; el dinero que le permitía usar aquel elegante traje, las hermosas botas coloradas, el ancho sombrero de cow-boy y el pañuelo de seda, lindo, de colores burlones, anudado graciosamente al rededor de la garganta.

Una noche Francisco salió oculto del campamento. Todos dormían. Faltaba poco para llegar a Chillán y habían hecho alto en la falda del cerro, en el hueco de una quebrada, para capear la lluvia que indudablemente se les vendría encima. Sin embargo, cuando Francisco se alejó a pasos rápidos de las carpas, aun no se sentía el caer de las goteras.



Lo seguía Blinde, el gran perro de los Mishel. El muchacho echó a andar con dirección segura y no regresó hasta unas dos horas más tarde. Traía, amarrado de una cuerda, un pobre cordero, que temblaba de frío debajo de sus lanas sucias. Ya iba a llegar el alba y el muchacho no se detuvo en la carpa sino el tiempo necesario para amarrar a Blinde, que a cada momento las emprendía contra el cordero. Francisco tomó el camino de Chillán, arrastrando su presa.

Eran las siete ya cuando volvió, cansado, soñoliento. El cordero robado había sido vendido a un campesino, y en sus bolsillos sonaban alegres monedas. Nadie se admiró cuando lo vieron llegar en ese estado. Esas desapariciones nocturnas eran frecuentes. Francisco había aprendido a robar animales igual que a jugar al naípe, fumar y beber aguardiente, es decir, de verlo entre sus mayores.

El joven llamó a Sarita, que llegó sonriéndole desde lejos, temerosa sin embargo, y le hizo sonar como una cascada las monedas dentro del bolsillo. Ella lo miró con asombro.

—¿De dónde lo sacaste?

—Un cordero... Anoche... Te compraré un pañuelo de seda y un espejo, cuando llegemos a Chillán.

Ella saltó de alegría.

—Pero es preciso, continuó, que te dejes de andar con Forgue. Ya me habías prometido que no conversarías con él.

La chiquilla convirtió los arcos de sus cejas en dos líneas rectas, movimiento de desagrado que la hacía aparecer más graciosa.

—Al fin y al cabo, dijo, esto me aburre. Yo no le hallo nada de malo.

Ya Francisco estaba furioso. Se le subía a la cabeza una falsa sensación de poder que lo perdía.

—¡Yo no quiero! ¿Entiendes?

Y la cogió de un brazo, con un ademán demasiado rápido, demasiado brusco. Ahora era ella la que rabiaba, con los ojos, con la boca, con la actitud entera.

—¡No me importa nada!, dijo resueltamente; andaré con Samuel todo lo que me dé la gana!

No pudo continuar la colección de palabras coléricas que iban saliendo de su boca. Francisco le apretaba el brazo en tal forma, que ella se detuvo, indecisa y sufriendo. Era la primera vez que el muchacho se mostraba así, desnudo de esa especie de adoración con que la trató siempre. Y aunque su brazo le dolía todavía bajo el apretón que no cesaba, esto no le parecía del todo mal. Ante la actitud violenta de Francisco se despertaba en ella ese sentimiento de debilidad que hace a la mujer pasar de pronto del estado de vencedora al de humilde esclava, ante la imposición brusca de un hombre. No le parecía del todo mal aquello, pero no pudo resistir el dolor y lanzó un grito.

—¡Bruto!

Luego las lágrimas empezaron a rodar silenciosamente por su rostro y aquel llanto que caía sin ruido sonaba como aleteo de pájaros perdidos en el corazón del amante, que estaba ahí parado tontamente, quebrada su actitud inicial ante algunas lágrimas, arrepentido, doliéndole su propia violencia, ridículo.

La gitana se alejó despreciativamente hacia el campamento, y él aun permanecía, echándole maldiciones, echándose a sí mismo y a aquel intruso que le arrebató su esperanza.

V

Cuando llegó la noche cayendo en grandes olas continuas, Francisco estaba sentado en una piedra, a varios metros del campamento, en donde brillaban dos alegres fogatas. Tenía la cabeza llena de reflexiones tristes, por causa de Sara, a quien divisaba en ese momento hablando con el otro a la orilla del fuego. ¿Qué actitud debería tomar ante las cosas? Sí, ¿qué actitud?

De repente se levantó y marchó en busca de una voz que lo llamaba a gritos desde el campamento. Comenzaba la comida, que ahora era alegre, tan distinta de las anteriores, en que todos comían tristes, agachados, la mirada turbia, sin hablarse. Y sin embargo, eran los mismos pobres alimentos a medio cocer, a medio asar.

Luego la noche lo atrajo nuevamente y se perdió en la espesura de la sombra.

Al alba, las tiendas fueron levantadas y los gitanos emprendieron la marcha animosos, alegres. Esa última jornada era corta, pronto arribarían a Chillán. Sin embargo la lluvia los sorprendió temprano y la marcha se hizo dificultosa.

De pronto Sara se dió cuenta que Francisco no venía en el grupo y lo hizo notar a su abuelo.

—Es verdad, dijo Nahit Haidas sin extrañeza.

Y nadie dió mayor importancia a la ausencia, que muy bien podía estar justificada por algún botín que el muchacho quería hacer suyo.

Llegó el medio día y se detuvieron al almuerzo en

unas chozas abandonadas. El joven no aparecía, ni apareció tampoco cuando los viajeros llegaron a Chillán, envueltos en el oscuro choapino del anochecer. ¿Qué había sido de él?

¿Qué había sido de él? Esta pregunta sonaba de pronto entre el pensamiento de Sarita y cada una de sus palabras adquiría proporciones inesperadamente grandes. ¿Por qué estaba inquieta la niña, por qué, Sarita, tenías ese impaciente gesto ante la ausencia repentina de Francisco?

Dos días y el silencio, siempre la ignorancia, el no saber nada. Podrían haber partido ese día, y ese era el deseo de casi todos, pero cuando el viejo Nahit hablaba, los demás guardaban silencio. Y el viejo había hablado con palabras de Sarita.

—¡Se habrá perdido Francisco. Tenemos que esperarlo hasta mañana!

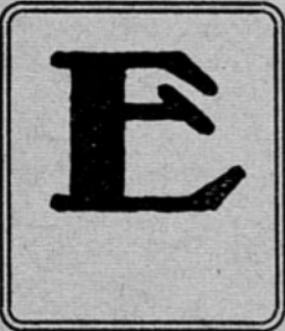
Samuel Forgue había tomado el ferrocarril hacia el Sur, el día anterior, sin pasar más allá en sus requiebros a la chiquilla, y ella, sintiéndose sola, no ocultaba ya su angustia. Angustia inútil. Se estaban jugando los intereses de varias personas. Si permanecían en Chillán el dinero se acabaría de nuevo... Haidas, el viejo, dió la orden de partida. Tres días eran suficiente espera.

El tren, la marcha, una gitana, la madre, intranquila; otra gitana, la novia, desesperada, llorando, y sin dejar de mirar tras los turbios cristales de sus lágrimas, el andén, lleno de personas indiferentes, por si descubría entre ellas la presencia de Francisco.

Era inútil, pequeña; Francisco andaba por los campos con lluvia, llevando a la espalda el fardo de todas las tristezas que tú le causaste. Por eso no había de volver a la tribu, a las gentes que no le interesaban, desde que tú

borraste su retrato de tu corazón. Le había tomado cariño a la noche, y entre sus pliegues se quedó dormido. ¿Después? Después vendría la mañana nuevamente y echaría a andar, solo eso sí. Pero ten la seguridad, Sarita, su propósito era no volver nunca a la tribu de Nahit Haidas.

EL REGRESO



E

LSA está impaciente. Repetidas veces toma el pomo de rouge y se arregla los labios, pero nunca queda satisfecha. La cara está bien, sin duda, con ese color flor de durazno que tan bonita le hace ver la melena negra, lisa, pegada a las mejillas. Tampoco de los ojos se puede quejar. Las pestañas

enormes les dan cierta encantadora languidez. Pero los labios... Contra sus hábiles toques cotidianos ahora no puede prestarles esa engañadora forma de corazón, encima de los blancos dientes. Y su impaciencia es justificable. Esa noche asistirá a la fiesta Mario Braga y ella quiere estar hermosa, lo más hermosa posible. Claro que no necesitaría el auxilio del maquillaje aquél para estarlo, pero unos toques bien tirados le dan seguridad absoluta. Según noticias traídas por su hermana pequeña, los invitados empiezan a llegar. Elsa pregunta:

—¿Y Mario, llegó?

—No; todavía no.

La chiquilla hace un gesto de desagrado y se sienta.

ante el tocador con el lapiz rojo en la mano. Quiere insistir en el arreglo de la boca, pero se distrae y sus pensamientos retroceden hasta cinco años antes. Entonces recuerda. De seguro para evocar mejor hubiera entornado los ojos, pero la pintura, el sabio toque en las pestañas, se lo impide, y ella no quiere que lo que tanto trabajo le ha costado se transforme en un desastre. Y recuerda sin entornar los ojos...

Fué hace cinco años en el campo, un verano que la chiquilla pasó en una hacienda del Sur. Mario Braga también estaba ahí. Entre los trigos de oro arrastraron la cinta de un poema de amor. Por las orillas del río fueron dejando huellas de pasos, muy juntas, y muchas veces los campesinos los vieron mudos en las horas del eglógico idilio .

Pero luego, en la ciudad, Elsa tornó a su antigua vida de frivolidad. Los paseos, las reuniones y los bailes la alejaron algo de Mario, que era un muchacho retraído; hasta que un día rompieron. Después supo ella que Braga se había ido a Europa y el recuerdo se fué perdiendo en el remolino de su vida. A pesar de ello, cuando su hermano le dijo: "Mario Braga llegó y vendrá mañana a vernos", una secreta alegría la removió. Como si verdaderamente fuera su novio quien volvía, en el acto empezó a reunir los hilos de una madeja de proyectos. Claro. Se casarían lo más pronto y seguramente Mario querría llevársela a Europa...

La voz de su hermanita la saca bruscamente de todo ésto.

—Apúrate ,Elsa, que te están esperando. Ya ha llegado mucha gente .

—¿Y Mario?

—Aun no.

—Bueno, ya voy, — contesta, — y sale, después de echar una última mirada al espejo, que le entrega su figura tal como ella la desea.

En realidad la fiesta se anima cada vez. Los muchachos de frac, muy correctos, muy blancos. charlan con las bellas mujercitas del baile. Ellas, vestidas de seda, les dejan ver las gargantas, blanquísimas bajo el abrazo de los collares, y las espaldas suaves... Cuando entra Elsa cuatro o cinco jóvenes se van hacia ella con propósitos seguros, pero la chiquilla les responde distraidamente. Sus ojos están puestos en una imagen que ellos no pueden ver, porque aun está ausente, pero que Elsa tiene ante sí, aumentándole esa vaga inquietud que le forma una pequeña arruga entre las cejas delgadas y largas.

Dos nuevos personajes entran en escena y una especie de vahido hace vacilar a Elsa. Es él. Su madre lo está recibiendo en la puerta del gran salón. Está también ahí una mujer rubia y hermosa. Elsa, dominando su inquietud, se aproxima al grupo, y a Mario, que la ve venir, se le alegran los ojos y saluda.

—¡Elsa...!

—¡Mario...!

Ha sido el nombre amado de otro tiempo el que le pintó la boca de sonrisa a Braga. Luego, recobrándose, su actitud entera toma un continente serio. Hace la presentación, designando a la rubita que lo acompaña.

—Mi esposa...

Elsa hubiera querido estar al nivel de las circunstancias, pero una ligera palidez la cubre. Sin embargo, sabe sonreír, violentándose y estrecha la mano de la rubita, que está contenta. Luego se separa de ellos y siente la necesidad de irse a su cuarto. Acaso la emoción le haya vuelto horrible la cara y ella quiere demostrarle a Braga que

nada, ningún efecto le ha causado aquello, ese golpe teatral. Un nuevo toque de lápiz a los ojos y baja al salón, donde la orquesta está dirigiendo un baile rápido.

Braga conversa con un grupo de antiguos amigos y al pasar, ella coge algunas palabras.

—“Sí, me casé en París...”.

Pero muy pronto la chiquilla ha abandonado todo aire ambiguo y quien conociera su caso la diría dueña de una fuerte voluntad. Su actitud es de completa indiferencia.

El baile ya se ha corrido dos horas hacia adelante sobre la pista del tiempo. Elsa ha estado tranquila, bailando, sin darle importancia al hecho, hasta que Mario Braga la ha venido a invitar a un baile. Están dulcemente meciéndose, por encima de las notas lentas de un vals, que se arrastran y van luego a morir a los rincones.

—Elsa...

—¿Qué, Mario?

—¿Por qué me ha recibido con tanta frialdad?

Ella no contesta. El vals está desmayándose y va a morir definitivamente. La muchacha reúne algunas intenciones ocultas.

—Hace calor aquí, Mario.

—Salgamos un momento.

Salen del salón, alejándose por el ancho corredor, hasta llegar al jardín, que está totalmente ensombrecido. El muchacho parece que va a explicarse.

—Tú no supiste...

Pero Elsa rompe el encanto del momento, dando vuelta a la llave de la electricidad. El jardín iluminado presenta un bonito aspecto.

Pero el momento está muerto. Mario comienza de nuevo.

—Tú no supiste...

Luego saca un cigarrillo y con actitud distraída se pone a fumar. Elsa comprende, lo comprende todo, sin necesidad de las fracasadas palabras, y una lágrima rebelde le rueda por el color flor de durazno pegado a las mejillas. Esta vez no piensa que el llanto le va a convertir los ojos de un desastre.

E L E N I G M A

*A Miguel de Fuenzalida,
el creador de Román Calvo*

N

o dejaba de haber cierta simpatía en la chifladura de don Pablo Garay. En la ciudad, su manía de descifrar enigmas era tan conocida, que los buenos caballeros le huían en la calle, temerosos de la disertación que sobre este tema pudiera darles. Al principio en su casa se jugaban largas partidas de ajedrez. Los aficionados del pueblo acudían con regocijo, porque además del original espectáculo de ver peones a la siga de las reinas y caballos saltando por sobre las torres, don Pablo solía destapar antiguas y empolvadas botellas de vino añejo. Pero cuando se entusiasmaba, el caballero iniciaba verdaderas conferencias sobre el arte de descifrar enigmas y acerca de las ventajas que pueden reportar (¡creía en ellas el pobre don Pablo!) las puertas secretas. Don Pablo tenía también fama de ser un buen médico homeópata; continuamente era lla-

mado a atender enfermos, sobre todo entre los habitantes de los alrededores. El acudía con paciencia y bondad y luego de recetar brevajes compuestos de jugos de hierbas, daba rienda suelta a la manía directora de su espíritu: los enigmas.

Cuando yo llegué a aquel pueblo, no tenía ahí ningún amigo. Los primeros días me pesaba la soledad horriblemente. Luego, mi condición de cajero de Banco me proporcionó ocasión de hacer un rápido conocimiento de las personas más representativas de esa ciudad, perdida en el frío corazón del Sur. Pero el día que por primera vez vi acercarse a mi ventanilla al bueno de don Pablo, confieso que me parecieron demasiado extraños su modo de andar, su apariencia de hombre misterioso y esas patillas grises, que daban la sensación de ser postizas. Un cuarto de hora bastó para que simpatizáramos hasta el punto que el viejo me invitó a su casa para esa misma noche. El convite me pareció delicioso: al fin iba a pasar una velada acompañado, en esa ciudad donde era extranjero.

Un compañero de trabajo que había escuchado mi conversación con don Pablo y el convite que me hiciera, se acercó a advertirme con qué clase de personaje me iba a topar, terminando por hablarme de su manía y de la fama de loco que ella le había dado en la ciudad. No le hice caso y en la noche fui a la casa de don Pablo.

Me recibió el viejo en su biblioteca salón, cuarto donde alternaban los estantes repletos de libros con las mesas de ajedrez y los cómodos divanes en que recostar el cansancio y las ganas de soñar. Apenas nos habíamos sentado cuando me largó esta frase que, lo confieso, no dejó de causarme cierta impresión:

—Le habrán dicho que soy loco, ¿verdad?

Dudé un momento antes de responder, desconcertado.

—Pues bien, sí, me lo han dicho.

—Y entonces, ¿por qué ha venido?

—Porque lo que llaman su locura, es decir, su afición a los misterios, a mí me parece una cosa interesantísima. Puedo asegurarle que yo soy un hombre de los mismos gustos.

—¡Bravo, bravo!, gritó el viejo. Es usted la primera persona de talento que encuentro en este pueblo. Creo que vamos a ser muy buenos amigos.

Y para demostrar su regocijo llamó a una vieja sirvienta que atendía su viudez y la mandó traer una botella de vino añejo.

Ya al despedirme éramos íntimos amigos; me había mostrado el viejo su colección enorme de libros policiales, hablándome de la superioridad de concepciones que encontraba en Leroux comparándolo con Conan Doyle, de la lógica de Sherlock Holmes, etcétera. Al marcharme, junto a la impresión agradable que me había producido don Pablo, me llevé también una media docena de libros que el viejo me prestó para matar el hastío.

II

Un día pasó don Pablo a invitarme a las rejas de mi ventanilla. Quería que esa noche fuera a su casa; ya tenía bastante confianza en mí, según me dijo, e iba a revelarme un secreto. Fué esa vez cuando empecé a creer en la locura del viejo. Pero sus palabras misteriosas y dichas con cierta reserva, guiaron mis pasos por la noche en la dirección de su casa.

—¿Ha intentado usted alguna vez, — comenzó por preguntarme, — descifrar un enigma?

Quedé perplejo.

—¿No?

—Bueno, respondí, cuando muchacho recuerdo que era aficionado a desenvolver pequeños misterios.

—Y ahora último, ¿ha experimentado usted?

—Pues bien, sí. ¿Recuerda, don Pablo, el robo del Banco Inglés el año 22? Yo entonces trabajaba ahí, y guiado por ciertos indicios aconsejé a dos agentes seguir una pista. Fueron ellos, precisamente, los que descubrieron a los ladrones.

—¡Bravo! Eso es interesante, y un día de estos me lo contará usted con detalles. Ahora no hay tiempo, escúcheme; igual que usted, yo soy gran aficionado a estos asuntos y un regular experimentador. De haber vivido en otro ambiente, habría sido detective... Yo, por ejemplo, cuando tuve leída la mitad de El Misterio del Cuerto Amarillo, sabía ya las circunstancias que aprovechó Larzán para cometer su crimen.

Bueno, bueno, esas cosas no importan. Lo esencial es que me escuche usted. Seguramente le habrán señalado entre mis manías la de curar enfermos. Sí, tengo ciertos conocimientos que me permiten obrar en ese sentido. Pues bien, hace unos dos años me llamaron del convento de los Franciscanos. Un lego se moría y no había manera de salvarlo. Por suerte, pude primero sacarlo de su estado de gravedad y curarlo definitivamente después. El lego, agradecido, vino un día a verme, e impuesto tal vez de los rumores que circulaban acerca de mi afición a los misterios, me contó la siguiente historia:

“Hubo hace mucho tiempo en el convento, comenzó el lego, un precededor mío que, moneda por moneda, robó

una gran cantidad de la caja de las limosnas. La llave de esa caja la llevaba siempre consigo el Superior, pero según se cuenta, aquel ladrón fabricó otra, para robarse las limosnas. Los padres, que usaban ese dinero en socorrer a una infinidad de desamparados, iban notando alarmados la disminución de las limosnas. Un día sorprendieron al ladrón, pero nada pudieron saber, porque él huyó inmediatamente del convento.

Pasaron algunos meses y una tarde un hombre llamó a la puerta con tímidos y vacilantes golpes. El Hermano Portero fué a abrir y se encontró con que era el ladrón. Venía herido, en el camino lo habían apuñaleado y llegó al Convento casi sin vida. Hizo señas que quería hablar, pero entre sus incoherentes palabras sólo pudieron entender los Padres: "capilla", "plata" y "papel".

Cuando rodó al suelo, muerto, apretaba en su mano derecha un papel arrugado lleno de palabras y cifras que nadie pudo entender. Se decía en el Convento que el lego, a la manera de los antiguos piratas, había ocultado su dinero e indicado en el papel cifrado el sitio del escondite, en previsión de cualquier cosa que pudiera ocurrir. Cuando lo hirieron acudió al Convento, arrepentido, a confesar de seguro el lugar, pero la muerte no lo dejó hablar, quedando como único recurso el papel cifrado".

Cuando el lego acabó su relato, le dije:

—Bueno. ¿Y qué tengo yo que ver con esto? Si tuviera el papel, en tres días podría encontrar el escondite, pero sin él...

—Es que aquí lo traigo, me dijo. Lo encontré ayer sacudiendo unos viejos libros de la biblioteca.

No pude contener mi alegría, creyendo sinceramente que en tres días lo habría descubierto. Sin embargo, amigo mío, han pasado dos años y no he logrado descifrar ni

una sola letra del documento. Considerando que la interpretación de las cifras sería mucho más fácil en el mismo lugar del hecho, es decir, en la capilla, pedí permiso al Superior para buscar en ella, ofreciéndole la mitad de lo que encontrara, para la Comunidad. Pero se negó sonriendo, y me dijo que todo aquello era una fantasía. Todos los Domingos — la capilla de los Franciscanos sólo se abre al público los días Domingo — asisto a las tres misas y mientras los fieles siguen la ceremonia, yo observo y observo. Desde entonces hasta acá no he encontrado nada, casi nada...”

Un dinámico entusiasmo se había apoderado de mí. Cuando el viejo terminó su relato con las tristes palabras de desencanto, yo exclamé con energía:

—Don Pablo, encontraremos el dinero, no lo dude. Deme ese papel.

Don Pablo sacó el papel de su cartera y me lo pasó. Casi no lo miré. Una confianza tan ciega en mí mismo me nació en ese momento, que le dije, adoptando cierto aire de superioridad:

—Usted no descifró el papel, don Pablo, pero yo le juro que antes de tres días el enigma ya no será tal. Y me marché llevándome el precioso documento.

¿Fanfarronería? Sí... Tal vez... Pero los hechos iban a hablar. ¡Con qué fiebre estudié aquella noche el papel! ¡Con qué ansias pasaba mi vista ignorante sobre las cifras, queriendo leer lo que no estaba escrito, la intención del que las escribió, apoyada detrás de la tinta. El texto del arrugado papel era el siguiente:

C	r	i	s	t	o	123	pt	D	i	o	s	13	n		
J	e	s	ú	s	14	n	d	e	V	i	r	g	e	n	134s
4 A.															

¿Qué quería decir esto? A la primera mirada comprendí que mi juramento de descifrarlo en tres días era algo arriesgado. No obstante, luché tanto tratando de someter mi inteligencia al mandato de la voluntad, que tres días después fui en busca de don Pablo, llevando ya la solución. El viejo me aguardaba con ansias, aunque con un poco de desconfianza, ya que sus propios esfuerzos habían sido estériles.

—Don Pablo, — le dije, — yo no he ido nunca a la Capilla de los Franciscanos, así es que necesito que me dé ciertos detalles. ¿Hay en ella alguna cripta? Sé que antiguamente se enterraba a los muertos en las iglesias...

—Sí, me interrumpió don Pablo. Hay dos criptas. Una la de doña Mercedes Pérez de la Ossa, y la otra la de...

—Don Juan de Vargas, le interrumpí yo a mi vez.

El viejo se puso rojo y comenzó a tartamudear.

—¿Pero cómo lo sabe, sin haber visitado nunca la Capilla?

—Muy sencillo, porque ahí escondió el lego su dinero.

—Pero usted se adelanta, dijo con angustia. Los cálculos que yo he hecho me hacen pensar que el escondite está situado en un punto a 123 metros de la imagen de Cristo, a 124 de la de la Virgen, como dice el documento, a...

—Pero, don Pablo, ¿cómo cree usted que el lego, que no era hombre tonto, a juzgar por la clave, iba a tomar como señales de su escondite, distancias entre imágenes de santos, que cualquier día pueden ser cambiadas de lugar?

—Tiene razón, tiene razón. Pero explíqueme, Hilton, cómo ha llegado a sus conclusiones.

—Fíjese, es muy sencillo. Las palabras del papel, Cristo, Jesús, Dios y Virgen no indican que el escondite está

en la Capilla. Sólo inducen a pensar que el que las escribió estaba familiarizado con ellas, (un lego al fin y al cabo). Si yo he partido de ese punto de vista, ha sido porque el mismo ladrón así lo indicó antes de morir, cuando fué a llamar a las puertas del convento. Acuérdesese de sus palabras: "capilla", "plata", "papel". Al principio también pensé yo que los números 123, 13, etc., significaban distancia entre el escondite y las imágenes, pero pronto deseché esa hipótesis por absurda. Cristo 123 pt, es decir, lo que podemos llamar el primer período del documento, es lo que me ha dado la clave. Muchas veces traté de encontrar una relación entre la palabra Cristo y el número 123; no había ninguna. Pero ¿y si la cifra en vez de ser 123 fuera 1, 2 y 3? Ahí ya cambiaba la cosa. 1, 2 y 3. La luz se hizo en mi cerebro. Cristo 1,2y3 eran las letras número uno, número dos y número tres de la palabra Cristo, o sea, eran C, R e I. Seguían dos consonantes, pt, que uniéndolas a CRI, daban una palabra incompleta, pero con muchas probabilidades de ser la verdadera: CRIPT. Con el mismo procedimiento seguí adelante. Dios 1 y 3, es decir, la primera y la tercera letra de la palabra Dios, DO; seguía una n, lo que daba DON. Ya orientado pude continuar con mucha facilidad. Jesús 1 y 4, JU; otra n, JUN. Tenía ya CRIPT, DON, JUN DE, (de era la palabra siguiente en el papel). Virgen 134 era VRG, y una s, VRGS. Terminaba el documento con la indicación 4A, cuatro letras a, indudablemente; traté de colocarlas en las palabras incompletas; puse una en CRIPT, otra en JUN y las dos restantes en VRGS. Tenía la solución: CRIPTA DE DON JUAN DE VARGAS. Sencillo ¿eh?

En don Pablo Garay luchaban dos sentimientos. Por una parte la envidia, la rabia por que otro hubiera hecho lo que él no pudo hacer; por otro lado, la admiración hacia quien lo ganó en capacidad. Venció la admiración y me abrazó emocionado..."

.....

Cuando ese inteligente y buen muchacho que se llamaba Víctor Hilton, llegó a este punto del relato, sonrió feliz ante nuestra curiosidad e impaciencia.

—Hasta aquí llegó mi gloria, concluyó contento. Lo que sucedió después es tan bochornoso, tan desconcertante, que no vale la pena contarlo.

Pero nosotros reclamamos. Nuestra curiosidad estaba latente y queríamos oír el fin, fuera cual fuera.

—Bueno, dijo Hilton, un día conseguimos con el lego a quien don Pablo había salvado la vida, que nos introdujera ocultamente en la Capilla. El Superior había salido y los demás Padres estaban en el huerto. Provistos de algunas herramientas comenzamos nuestra tarea de quitar la loza sepulcral que anotaba el nombre de Don Juan de Vargas. Debajo encontraríamos el premio a nuestros esfuerzos. Confieso que una emoción desconocida me agarraba los dedos. Influidan tanto la proximidad del tesoro, como la conciencia de la irreverencia que estábamos cometiendo.

Detrás de la loza había una capa de yeso. Cuando la hubimos raspado con nuestros cuchillos y cuando cuatro o cinco ladrillos fueron quitados de su sitio, la llama del triunfo brilló en nuestros ojos. ¡Qué emoción! En lugar del ataúd, que lógicamente debiera estar ahí, sólo había una

pequeña caja de madera, la que dejó el lego, claro. A mí me cupo la honra de alzar la tapa. Estaba vacía.

En ese momento, por una de las puertas laterales, entró el Superior, quien nos dijo tranquilamente, sonriendo con benevolencia ante nuestra turbación:

—Señores, el dinero que escondió el lego fué hallado hace ya más de cincuenta años y pasó a poder de la Comunidad...

Espero que ahora mismo enviarán ustedes un albañil para que repare estos perjuicios...

AL PUNTO MAYOR



E aquí una habitación miserable y sin ningún orden. En un rincón un catre con algunas ropas tiradas; en la muralla sin papeles una pequeña ventana pone un hueco de luz. Al centro hay una mesa con un jarro de vino y algunos vasos. Sentados a su alrededor dos hombres rudos, dos hombres de mar, a

juzgar por sus pantalones anchos y sus azules camisetas de lana. Uno de ellos lleva la cara sombreada por larga patilla y es rudo, fuerte, sucio. El otro, más joven, va afeitado, sus ropas están más cuidadas y sus maneras son menos torpes, más livianas. Ellos están fumando y discuten.

Pero en esta pieza hay tres personas; la otra está alejada de la mesa, eso sí. Es una mujer. La luz de la tarde que apenas logra abrirse paso a través de la mugre que ennegrece el cristal de la ventana, cae sobre su rostro de extraña palidez de estatua, manchado arriba por dos ojos grandes, oscuros, violentos; abajo por la boca roja y bien formada. A pesar de sus vestidos rotos, se ve en ella la esbeltez de un cuerpo hermoso. Pero la mujer no se preocupa

casi de los que discuten; solo de vez en cuando sus ojos vagabundos, lejanos, ausentes, se detienen un instante sobre los marinos, luego van a posarse en el techo y después se vuelven a la ventana, distraídos, como escrutando cosas invisibles.

El de la barba, Morán, de pronto se bebe un vaso de vino de un trago y deja caer su mano formidable sobre la mesa.

—Está bien, dice,—la jugaremos a los dados.

Su interlocutor le clava la mirada con seriedad.

—¿Pero no habrá otro medio de solucionar el asunto?

—No, no hay otro.

La mujer los mira y en su boca se insinúa una sonrisa de ironía.

—No vale la pena pelear tanto, hijos, por una cosa tan despreciable como yo. Uno primero, el otro después y asunto concluido.

Entonces Morán le larga estas sordas palabras:

—Eso ya lo sabemos; pero ¿cuál será el primero? Vamos a jugarlo a los dados. No es posible que elijas tú; claro, Simpson saldría ganando.

—Me da lo mismo, dice la mujer. Sea cual sea el primero, los dos están destinados a correr la misma suerte.

—¿Qué suerte?

—La de estar conmigo un momento y después no verme más.

—Esas son escapatorias tuyas, dice Morán; eso ya lo veremos en seguida.

El otro marinero, que ha permanecido silencioso, pregunta a la mujer:

—¿Por qué dices eso?

—Es inútil que quiera explicarme. No me entenderían.

Se levantó de la silla y fué a sentarse sobre la miserable cama. Desde allí podía mirar por la ventana el ancho panorama del puerto: la bahía con sus innumerables embarcaciones bailando al compás de las olas tranquilas; el mar cuyo rumor no le llegaba, dando al cielo su beso de horizontes; las grúas y maquinarias de los muelles, y los hombres moviéndose como hormigas. Más acá, debajo de la ventana, la ciudad con sus pintorescos techos y sus calles cruzadas.

Estaban en un miserable hotel del cerro, desde la noche anterior, en que los dos marineros la recogieron en la playa. Venían llegando las lanchas de salvamento con los supervivientes de un choque de barcos, cerca de la costa. La mujer viajaba en uno de ellos y sufrió la catástrofe en toda su intensidad. Cuando ya se disponía a morir se sintió arrastrada de la mano y tirada a una lancha. Y no supo más. En la playa, cuando depositaron a los pobres naufragos sobre la arena mojada, Simpson y Morán la tomaron para traerla a esa pieza miserable. La mujer tenía la intuición de que esos mismos hombres que la iban a jugar a los dados eran sus salvadores, y se sentía deudora.

Morán salió de la pieza en busca de dados y el otro marinero se estuvo mirándola largo rato, fijamente, sin que ella lo notara, abismada ante la vista del puerto. Un portazo los hizo retornar a ambos de la muda contemplación.

—Aquí están, dijo Morán que entraba, y depositó los cubiletes sobre la mesa. Traía también una jarra de vino, con el que llenó tres vasos. Tomó uno y lo ofreció a la mujer.

—Toma tú.

Ella no se movió.

—Gracias, dijo, no tengo ganas de beber.

Los hombres vaciaron los vasos y se dispusieron a jugar.

—¿Al punto mayor?

—Bueno.

—¿A la primera vez?

—Bueno.

—Tiro, dijo Morán, y agitando los dados dentro del cubilete los lanzó sobre la mesa, mientras miraba a la mujer con los ojos cargados de deseo pronto a estallar. Los dados se detuvieron.

—¡Doscientos ochenta y cuatro!, exclamó, y se quedó con los ojos fijos, esperando el juego de su compañero. El punto no era malo, pero distaba también de ser bueno. Fácilmente Simpson podría ganarlo. La mujer miraba los dados con atención, pero sin ansiedad; más bien era la curiosidad la que pegaba sus ojos a la sucia cubierta de la mesa.

Alejandro Simpson movió el cubilete e hizo rodar los dados tranquilamente. De seguro su cerebro estaba golpeado por estos pensamientos: "¿Para qué emocionarse? Si Morán me gana lo único que consigue es ser él el primero. ¡Y qué más da ser el primero que el segundo! Además esta mujer me está inquietando con sus palabras." Los dados rodaron sobre la mesa.

—Toma, te gano, trescientos veinticinco, dijo sin entusiasmo.

Morán miró a su amigo y en seguida a la mujer, con expresión malhumorada.

—Espero, dijo. Y salió de la pieza.

Se quedaron un rato callados, mirándose con esa timidez que precede a las palabras sin confianza que van a salir, a las palabras sin interés, que tanto podrían ser dichas como silenciadas.



La muchacha aproximó su rostro pálido a la ventana y nuevamente se puso a mirar el puerto. En ese momento llegaban, casi imperceptibles, estiradas estridencias lejanas, bocinas de barcos y pitazos de trenes. Con su cansado gesto en los ojos y en la boca desdeñosa, parece que nada de aquello le interesaba, y sin embargo continuaba ahí, pegada la cara al sucio cristal, esperando que su acompañante iniciara la conversación.

Simpson se aproximó decidido y se sentó en la cama, al lado de la mujer, cuyo cuello se vió ceñido por el robusto brazo del marinero.

—Ahora vas a explicarme un misterio, muchacha.

Ella se volvió bruscamente.

—¿Qué?

—Unas palabras que se te escaparon hace un momento. Dijiste que uno u otro que se quedara contigo, significaba lo mismo, pues ambos correríamos la misma suerte. ¿Qué suerte es esa? ¿Padeces algún mal?

—No, ninguno. Pero eso sería largo de explicar. ¿Cómo te llamas?

—Alejandro Simpson.

—Sería largo, Alejandro, y sería inútil, porque no me has de comprender; ni yo misma me comprendo...

Su cara estaba entristecida. La hora de las confidencias estuvo a punto de abrirse, pero ella cambió de tono bruscamente.

—Si quieres, tómame, aquí me tienes. Ustedes me salvaron y pueden disponer de mí.

—¿Y a qué se debe, que tomes esto con tanta resignación? Yo tampoco sé tu nombre...

—María.

—Bueno, María, decía que me admira que no tengas ni siquiera un gesto de rebeldía.

—Sería inútil, dijo otra vez la mujer. Todo esto me fatiga. Tiene que ocurrir así y no hay remedio. Además, además...

—¿Qué, María?

—Me gustaría que un hombre después de amarme no se fuera. Ese hombre muy bien podías ser tú. Pero escúchame, ese es mi secreto, lo que no quería decirte. Mira, desde hace mucho tiempo todos los hombres que me quieren una hora se arrancan de mí para no volver jamás. La primera vez fué muy lejos de aquí, en Marsella, hace diez años, sí, diez años. Yo entonces era una chiquilla. Me amaba un marino extranjero, inglés, como tú; si vieras que hombre era y con qué rudeza tan dulce sabía tratarme; igual que si yo hubiera sido uno de sus marineros, pero un marinero querido. Parece que un presentimiento me tiraba a huirlo, a no entregarme a su amor, pero fué inútil. Una noche, saltando murallas, llegó hasta mí y estuvimos juntos... Al alba zarpó su barco para no volver más. Bien, me dije yo, se ha ido, hasta nunca; y un tiempo estuve recordándolo.

Después vinieron otros. Recuerdo a Graziet, un capitán mercante que me llevó a bordo de su barco. Con él sucedió lo mismo que con todos: un día duró su amor. Luego empezó a huir de mí como de la lepra. Yo vagaba sola por la cubierta como una sombra; él estaba siempre donde no estaba yo; de noche no aparecía por el camarote, hasta que un día le eché en cara su actitud.

—¿Qué te pasa, Graziet? ¿Por qué andas arrancando de mí? Es muy feo lo que has hecho; me embarcaste aquí... y me dejas sola. Eso está mal, Graziet.

Se enfureció terriblemente.

—Bueno, lo que me pasa es que no quiero estar contigo, ¿entiendes?, y en el primer puerto te desembarcaré.

Y así sucedió. El bruto me desembarcó y me dejó

sola, abandonada en una ciudad donde no conocía a nadie. Y desde entonces hasta ahora, muchos hombres me han huído, después de quererme un día, ¿sabes? Y mi desesperación está en eso, en que no sé por qué es... Pero tú no te irás, ¿verdad? Tú no te irás...

Los brazos de la muchacha ciñeron con un ademán el cuello del marino. La noche empezaba a caer afuera, en el puerto; ya el mar con su movimiento perenne hacía titilar algunas estrellitas adheridas a los barcos. Las aves nocturnas empezaban a golpear los vidrios de aquella ventana. Entremedio de la sombra, el rostro de María estaba aun más pálido, destacándose en él sus ojos sombríos y su boca estirada en un gesto de cansancio. Ahora estaban muy juntos, unidos por la confianza de la mujer. La cara de ella se pegaba a la de Simpson y todavía sus palabras sonaban en el pesado silencio de la habitación, suaves, acariciadoras:

—Tú no te irás...

—No, yo no me iré, murmuró el otro, — yo me voy a quedar contigo.

—¿Sí?

—Sí, dijo el marino con voz muy baja.

—¿Y qué le dirás a tu compañero?, exclamó la mujer, recordando de pronto.

Simpson meditó, con la cabeza caída.

—Ah, eso no importa, yo lo arreglaré con él. Inmediatamente voy a hablarle.

Y poniéndose la gorra se dirigió a la puerta.

Pero ella lo miró fijamente como se alejaba y movió la cabeza en señal de duda. Los párpados se le cayeron, vencidos. Todo lo había comprendido en los ojos de Alejandro. El salió y la mujer se dijo con tristeza:

—Hé ahí uno que se ha ido antes de conocerme. ¿Y por qué? Igual que los otros, igual que todos..

Entonces se abrió la puerta y apareció Morán. Entre la maraña de su barba negra aleteaba una sonrisa de satisfacción.

—Simpson me dijo que viniera; él ya se fué.

—Lo sabía, respondió simplemente la mujer.

INDICE

	PÁG.
Prólogo	5
La Niña de la Prisión	13
Las Manos	25
La Hija del Capitán	31
Pájaros Blancos	41
La Pareja	53
Viejas Cosas	61
En la Tribu de Nahit Haidas	69
El Regreso	87
El Enigma	95
Al Punto Mayor	107